

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1873. — TOMO XLI.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

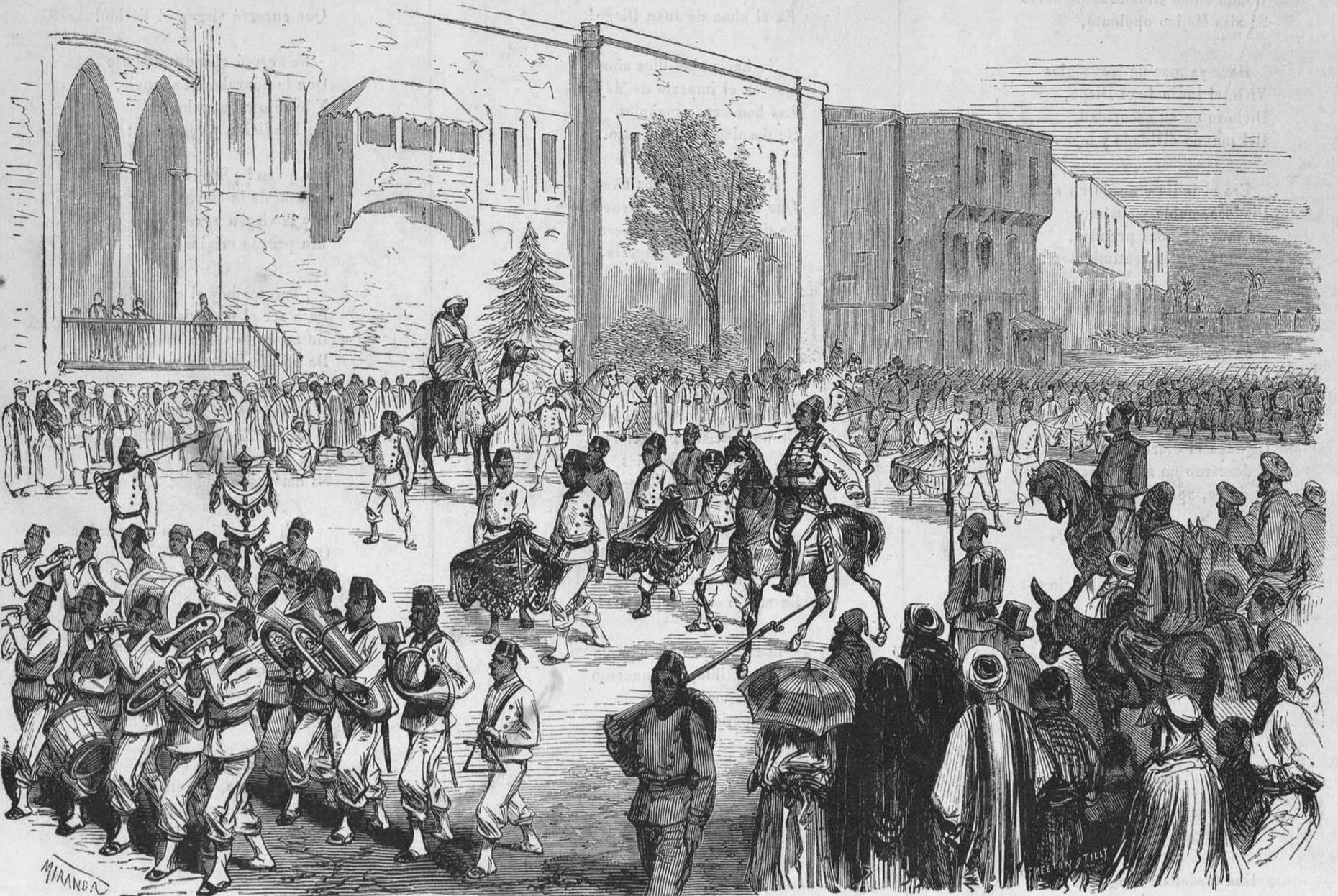
AÑO 32. — Nº 1,051.

SUMARIO.

Las fiestas del Cairo; grabados. — Romances americanos. — Representación de un misterio en la iglesia de San Roque de París; grabado. — Revista de París.

— Estudios morales. — La pesca de ostras en Tre-guier; grabado. — Tipos y fisonomías de París; grabado. — La ciencia del hombre de bien. — Tipos rusos; grabados. La Armenia y la Persia. — Rusia: Vista de la línea

China en Nyssei; grabado. — París: Fachada posterior del nuevo teatro de la Grande Opera; grabado. — Belhi y el palacio del emperador; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



LAS FIESTAS DEL CAIRO CON MOTIVO DEL ENLACE DEL PRÍNCIPE HEREDERO DE EGIPTO. — Los regalos de boda.

Las fiestas del Cairo.

Hemos hablado ya del primer día de las fiestas del Cairo. El siguiente, que era el 18 de enero, había baile en el palacio de Ghezireh.

Este palacio se halla situado á orillas del Nilo, enfrente del puerto de Boulaq. Edificado en medio de grandes jardines fantásticamente iluminados, lo mismo que el edificio, presentaba un mágico aspecto: bajo el peristilo, á derecha é izquierda, dos inmensas salas para el banquete; enfrente la escalera principal y arriba, una serie de salones, de baile, de conversacion, y el salon oficial en donde estaban los principes. Al fin de este último empiezan los aposentos que en otro tiempo el khedive destinó á la emperatriz Eugenia: cuatro ó cinco piezas todas cubiertas de raso azul, con una cama de plata maciza.

El baile fué lo que son todos los bailes oficiales: una reunion de cuatro ó cinco mil personas de toda gala, y entre ellas algunos militares egipcios de uniforme, y dos ó tres uniformes extranjeros.

Habia tambien señoras árabes casadas con europeos, y turcos con su bata bordada y sus zapatillas.

Pronto daremos mas noticias de la continuacion de las fiestas. R. S.

ROMANCES AMERICANOS,

POR

Carlos Walker Martinez.**EL SANTUARIO DE GUADALUPE.**

I.

En un rincón escondido
De aquel valle pintoresco,
Donde entre alfombras de flores
Se alza Méjico opulento,

Hace ya mas de tres siglos
Vivia el indio Juan Diego,
Dichoso en su oscuridad,
Del mundo olvidado y lejos.

Era el indio entrado en años,
Piadoso, noble y austero,
De muy elevadas prendas,
De muy nobles sentimientos:

Todos con leal cariño
Le tributaban respeto,
Y en verdad lo merecia
Por su conducta y ejemplo.

El trabajo de sus manos
Le daba el diario sustento;
Y descanso en sus fatigas
El dulce, apacible sueño

Que Dios concede piadoso
A las almas de los buenos
Que no se manchan del vicio
En el lodazal grosero.

Pero, antes de retirarse
De noche al blando silencio,
Juan Diego iba diariamente
A la parroquia del pueblo

A alzar con piedad sincera
Al cielo sus pensamientos
Y á implorar merced divina
Del Omnipotente Dueño.

Una tarde, de la iglesia
A su cabaña volviendo,
Cruzaba una serranía
Por un estrecho sendero;

Sendero, que aunque era triste,
Salvaje, agreste, desierto,
Era mas corto, y solia
Por eso andar lo Juan Diego.

No crecia en todo él
Ni una flor: en varios trechos
Lo interrumpian las zarzas,
Dándole penoso aspecto.

En cambio, desde la altura
Era sublime y espléndido
El cuadro que se ofrecia
A los ojos del viajero:

Aparecia á sus plantas
Dilatado, alegre, fresco,
El valle donde sus dones
Mas ricos derramó el cielo;

Y mas allá trasparente,
Como un azulado espejo,
Se veia el lago ceñido
De varios y lindos pueblos,

Alzando entre sus espumas
Como un encantado ensueño,
A la emperatriz de Anáhuac
Llena de tristes recuerdos,

Arrullada por las ondas
Al leve rumor del viento,
Adormecida entre flores,
Coronada de cien templos.

Y, como marco al paisaje,
El horizonte á lo lejos
Cerrando, inmensas montañas
Y un cielo limpio y sereno...

¡Qué de impresiones profundas,
Qué de tristes pensamientos
Se despertaban entonces
En el alma de Juan Diego!

No hacia sino diez años
Que en el imperio de Méjico
Las banderas españolas
Se desplegaran al viento.

No hacia sino diez años
Que con horrisono estruendo
Se desplomara y hundiera
El mas poderoso imperio,

Al choque del récio empuje
De algunos aventureros
Que dieron asombro al mundo
Con la altivez de su genio.

A poco andar oyó el indio
De un dulcísimo concierto
Las hermosas armonías
Que de súbito le hirieron.

Temeroso se detuvo,
Sin explicarse el misterio
De música tan sublime
En medio de aquel desierto.

Era una armonía aquella
Indescriptible, un-concento
Inefable, majestuoso,
Que repetian los ecos

Con voces tan delicadas,
Con rumor tan dulce y bello,
Que parecia, sin duda,
Algo de Dios y del cielo.

Poco á poco iluminando
Se fué casi al mismo tiempo
El lugar donde se oia
El magnífico concierto;

Y de una luz trasparente
Se fué la esfera tiñendo,
Hasta que en luz tan radiante
Se vió todo el mundo envuelto,

Que, atónito ante el prodigio
Y deslumbrado Juan Diego,
Cayó postrado de hinojos,
De estupor y espanto lleno.

Creció su asombro de punto
Después de breves momentos,
Porque hirió su vista atónita
Un nuevo y mas santo objeto.

Entre el resplandor brillante
De la atmósfera y del cielo
Vió á una mujer bellísima
De la altura descendiendo:

De pedestal le servia
La luna; trece luceros
Eran auréola á su frente;
Llevaba el traje modesto

Que las doncellas indígenas
Vestian en aquel tiempo,
Mezcla de vivos colores
Y de hermosísimo efecto.

A su alrededor giraban
Mil coros de ángeles bellos,
Tañendo en arpas de oro
Los armónicos concertos

Que habian arrebatado
Al indio en éxtasis tierno
Y que de sonos tan dulces
Poblaban aquel desierto.

¡La sublime aparicion
Era la Reina del cielo,
Era la madre de Dios
Que encerró virgen al Verbo!

Se acercó al indio dichoso
Que la adoraba en silencio,
Y le dijo estas palabras
De bendicion y consuelo:

« ¡Ven! ¡Soy la madre de Dios,
Fuente de la eterna vida;
Soy la virgen concebida
Sin pecado original!

¡Tú eres hoy el escogido
Para ser el mensajero
De mi culto verdadero,
De mi afecto maternal!

« ¡Vuelve á los tuyos, y cuenta
A los hombres de tu raza
Que á ningun pueblo rechaza
Mi amorosa caridad;

Y dí á tu obispo en mi nombre
Que es la voluntad de mi Hijo
Que en este lugar que elijo
Se me levante un altar! »

Dijo, y no bien concluyera,
La aparicion, el concierto,
La luz, el eco, el perfume
En el mismo instante huyeron;

Y todo volvió á quedar
Salvaje, triste, desierto,
En la soledad mas lóbrega,
En el mas hondo silencio.

II.

Vedada para los pobres
La entrada de los palacios

Ha estado en todos los tiempos
Desde los siglos lejanos ;

Mas para el vicio insolente
Que arrastra opulencia y fausto,
Sus puertas de bronce abiertas
De par en par han estado.

¡Injusticia de los hombres!
Y es que el corazon humano
Es mas corrompido y duro
Al paso que está mas alto.

Así Juan Diego á las puertas
Del magnífico palacio
Donde reside el obispo
Largas horas pasó en vano.

¡En vano una y otra vez
Pidiera audiencia : el prelado
Siempre invisible á sus ojos,
Siempre sordo á sus llamados!

Corrieron dias y meses
En esperanzas ; al cabo
Le oyó : y recibió Juan Diego
Otro nuevo desengaño.

« Dame una prueba, le dijo
El obispo, desconfiado,
Y creeré solo entonces
Que no eres un visionario. »

Pero, la Virgen Maria
Que á los suyos presta amparo,
Ni olvidó á su fiel devoto,
Ni le dejó abandonado ;

Y para cumplir sus órdenes
Tres veces volvió á llamarlo,
Y á dudar volvió tres veces,
El incrédulo prelado.

Tanto humillaron al indio
Los repetidos rechazos,
Que temeroso de hallar
A la Virgen á su paso,

No volvió á cruzar del monte
El sendero acostumbrado ;
Y se encerró en su cabaña
Abatido y solitario...

Si le hablara, « ¿ qué decirle,
Así pensaba, en descargo
De no haber podido nada
Obtener á sus mandatos?... »

Mas, una tarde de estío
Que, otro camino cruzando,
Iba el indio, como siempre,
Dolorido y cabizbajo,

Halló á la Virgen Maria
Que por su nombre llamándolo
Así le habló con palabras
De dulce, inefable encanto :

« Vuelve á la montaña, en donde
Por vez primera me viste
Y el mandato recibiste
De mi afecto maternal :

Coge las flores que encuentres,
Y llévalas al prelado
En prenda de que has hablado
En mi nombre la verdad. »

Corrió en el instante mismo
A la montaña, y ¡ cuán grato

Fué su asombro al encontrar
Convertido en rico campo

De hermosas y frescas flores
Aquel yermo solitario
Donde antes solo las zarzas
Crecieron en tristes lazos.

¡Cuán inmenso fué su júbilo
Ante el hecho extraordinario
De que eran testigos mudos
Aquellos montes ingratos!

¡Habian desaparecido
Las secas zarzas, y en cambio
Los jazmines florecian
La atmósfera perfumando ;

Y en vez de piedras estériles,
Estaba el campo alfombrado
De rosas de cien colores,
De claveles encarnados!

Si no era ilusion fantástica
Este repentino cambio,
Era, así pensó Juan Diego,
Un verdadero milagro.

Cogió las flores, con ellas
Reverente, entusiasmado,
Llenó su capa ; y á Méjico
Dirigió al punto sus pasos.

¡En aquel dulce momento
Al horizonte lejano
Bajaba el astro del día
En magnífico desmayo ;

Y algunas nubes de púrpura
Destrozadas á pedazos
Reflejaban sus postreros
Y melancólicos rayos.

III.

Temblando aun de emocion,
Presa de un santo delirio,
Llegó el humilde Juan Diego
A presencia del obispo.

Le refirió con honrada
Fe, y en lenguaje sencillo,
El grande acontecimiento
De que era feliz testigo.

Quedaron todos atónitos
Los que oyeron del prodigio
La narracion elocuente
Que hacia entusiasta el indio ;

Y á su redor se agolparon
Todos, incluso el obispo,
Magistrados, sacerdotes,
Hombres, mujeres y niños,

Para observar esas flores
De origen santo y divino
Trasplantadas á la tierra
De los jardines empireos.

Juan Diego extendió su capa
Y ¡ oh nuevo y mas gran prodigio!
En vez de descubrir flores
Como lo creyera él mismo,

Mostró dibujado en ella
El puro rostro bellissimo
De la reina de los cielos,
Tal como él lo habia visto.

Era la imagen de aquella
Señora que en su camino

Se le apareció, el retrato
De la Madre del Dios vivo.

Cayeron todos de hinojos,
Y con corazon contrito
Adoraron reverentes
Del cielo los altos juicios.

Hoy un santuario se eleva
En aquel sagrado sitio
Donde la Virgen Maria
Tamaños milagros hizo ;

Y el nombre de Guadalupe
Todo el mundo ha recorrido
Unido desde aquel tiempo
Al nombre ilustre del indio.

(Se continuará).

Representacion de un misterio

EN LA IGLESIA DE SAN ROQUE DE PARIS.

El 2 de febrero último ha tenido efecto en la iglesia de San Roque una ceremonia interesante. Era la representación de un Misterio, tal como se hacia en las iglesias católicas en los siglos X y XI, antes que estos juegos escénicos degenerasen, por lo cual debieron dejar el santuario por la plaza pública.

Sabido es que en estas piezas ponian en accion los sucesos del Antiguo Testamento, los de la vida de Jesús, de la Virgen, de los apóstoles y de los santos, satisfaccion que dió entonces el clero á la irresistible pasion de los juegos escénicos que el mundo moderno habia heredado del mundo antiguo.

Los Misterios eran pues versiones dialogadas de la Sagrada Escritura. « Poner los hechos en accion suprimiendo lo menos que fuera posible, » hé ahí la poética establecida. Bajo este concepto, no habia unidad de lugar ni de tiempo. El drama pasaba de una escena á otra sin ningun artificio. Por ejemplo, se veia á Faraon en un lado del escenario mandando que persiguieran á los hebreos, en tanto que Moisés aparecia en el otro deseando alas para pasar el mar Rojo. Pero en cambio la unidad de interés se observaba mucho, todo gravitaba en derredor de una figura única, ante la cual desaparecian todas las demás.

El autor del Misterio representado en la iglesia de San Roque el 2 de febrero último, se ha conformado á la poética consagrada. No hay en su obra unidad de tiempo ni de lugar, pero sí de interés, porque un solo pensamiento anima la accion, aunque el personaje á quien se refiere no figure sino como personaje mudo.

Con efecto, la pieza religiosa se titula *Misterio de la Santa Infancia de N. S. Jesucristo desde su nacimiento en Belen hasta la Presentacion* (diálogos con cantos), interpretada por los alumnos del catecismo de la escuela de los Hermanos, en una de las capillas de la iglesia, con motivo de la fiesta de la Presentacion en el templo y de la Purificacion.

La pieza se compone de cuatro escenas ó jornadas, á saber :

Primera escena : « Publicacion del edicto de Augusto ordenando el censo del universo movimiento de los pueblos. Cumplimiento de las profecias sobre el nacimiento del Mesías. »

En esta escena los hijos de Israel, conducidos por sus profetas, acuden sucesivamente á inscribirse en los registros del procónsul que escoltan dos soldados romanos, precedidos de un heraldo vestido á la moda del siglo XII. Este anacronismo es propio de los antiguos misterios que todos revelan así por algun detalle, las costumbres feudales de la época en que fueron escritos.

Continuemos. José y Maria, que llegan de los últimos, y no hallan donde hospedarse, se refugian en un establo.

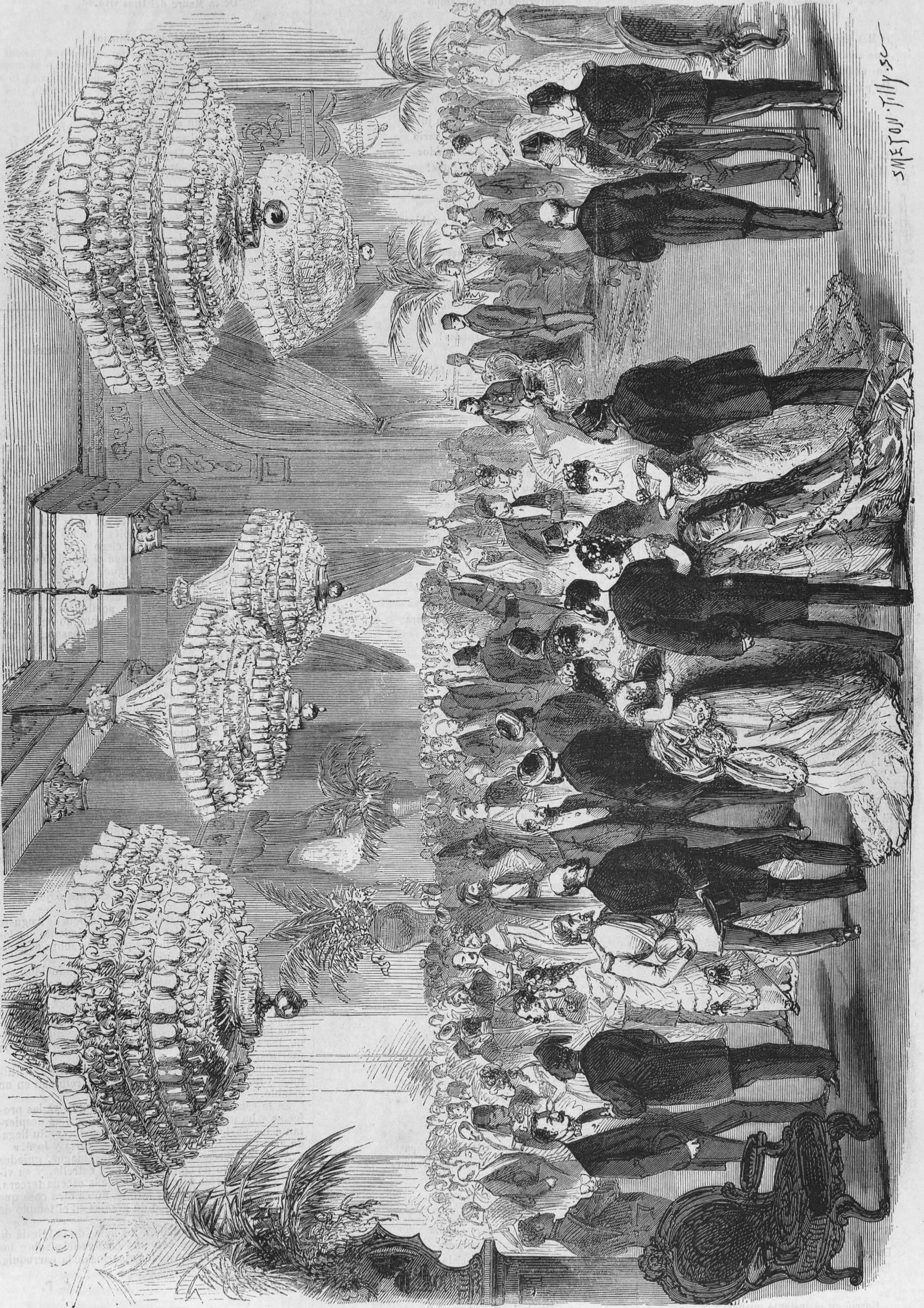
En la escena siguiente se han cumplido ya las profecias y ha nacido el Salvador. « Los ángeles despiertan á los pastores. Diálogo con los pastores. Su llegada al establo. Sus ofrendas á Jesús, Maria y José. »

A los pastores suceden los reyes magos, guiados por un farolillo de color á guisa de estrella, y su visita á Belen forma el argumento de la escena tercera.

En cuanto á la cuarta y última, no es otra cosa que un largo cántico de accion de gracias en el templo de Jerusalem.

Esta fiesta piadosa dada á los fieles de la iglesia de San Roque, concluyó con una conferencia sobre los Misterios que hizo uno de los vicarios de la parroquia.

C. P.



SMEYTON TILLY SC

LAS FIESTAS DEL CAIRO. — Baile dado por el virey en el palacio de Ghesireh.



PARIS. — Representacion de un misterio en la iglesia de San Roque.

Revista de Paris.

Estamos en vísperas del carnaval, y sin embargo, Paris no se anima. Parece cosa resuelta que este invierno no saldrá Paris de su monotonía y su tristeza. De tiempo en tiempo señalan las crónicas algun banquete diplomático u oficial en las legaciones de las grandes potencias ó en la presidencia, y á esto se reducen hoy las fiestas parisien-ses. Es una desolacion en las innumerables industrias que viven con el lujo y el boato y no pueden olvidar los tiempos en que los grandes bailes no se interrumpian en Paris durante tres meses. Los teatros en cambio, aprovechan grandemente esta ausencia de fiestas mundanas. En el de la Grande Opera las entradas son llenos completos, y cada representacion no baja de 12,000 francos. Así sucede el feliz empresario M. Halanzier, se halla ya expuesto á perder una empresa tan lucrativa y que por lo tanto tiene ya en Paris tantos que la acechan con ojos envidiosos.

Los rumores que circulan sobre este punto dicen que se está formando una compañía para terminar las obras del nuevo y sorprendente edificio, del que hemos dado una vista general en el último número y del que damos hoy otra de las fachadas; que esta compañía ofrecerá adelantar al gobierno los millones que aun se necesitan para el ornato interior, y que en cambio de este adelanto el gobierno concederá á la compañía ó á su representante, el ambicionado privilegio.

Verdaderamente el negocio es tentador y contribuye á hacerlo bueno la circunstancia de que el Teatro Italiano sigue cerrado, y lo estará sin duda todo este año, cuando menos. Todos los aficionados deben pues, acudir á la Grande Opera, mal que les pese á muchos de ellos, pues en la sociedad extranjera, la música francesa no tiene la aceptación que entre los parisien-ses. Muy difícil será que los extranjeros residentes en Paris se resignen y acostumbren á ver cerrado el Teatro Italiano, de cuya música se disfruta en todas las principales ciudades del mundo. De ser así, para muchos carecerá Paris de su principal atractivo.

Y no obstante, lo repetimos, tememos que esto suceda, no solo este año bastante adelantado ya, sino en los años sucesivos. Todo conspira actualmente contra el Teatro Italiano: las circunstancias políticas que todavía no han devuelto á Paris su antiguo estado normal, la antipatía mas ó menos encubierta con que se miran en Francia las cosas de ciertas naciones, y principalmente la guerra que hacen al espectáculo extranjero, los compositores, autores dramáticos y artistas franceses. Si á todo ello agregamos las disposiciones del gobierno, nada favorables á una empresa que tiene contra sí tantos riesgos ¿es atrevido pensar que nos hallemos privados de música italiana siquiera por algunos años?

Es singular que se haya aclimatado tan poco en Paris, la ciudad artística y amante de lo bello por excelencia, el repertorio musical de Italia.

Y cuando pensamos en la proteccion que á las artes dispensa el gobierno, y en el culto que tienen los parisien-ses á las bellas artes, nuestra extrañeza llega al colmo.

Esta semana justamente debemos señalar un rasgo que prueba hasta qué punto se halla bien acendrada en Paris esa afición al arte lírico-dramático.

En 1869 falleció en la capital M. Anatolio Cressent, y legó al Estado por testamento una suma de 100,000 francos para la fundacion de un concurso perpétuo de composicion musical dramática.

La familia del difunto, deseosa de asociarse á las generosas intenciones del testador, ha aumentado el legado con 20,000 francos, para facilitar la completa ejecucion de sus voluntades, y con las dos cantidades reunidas, el gobierno ha comprado un título de renta del 3 por 100, que da anualmente 6,188 francos, renta destinada á la fundacion de un doble concurso, cuyas condiciones expone el ministro del ramo correspondiente en el informe que acaba de hacerse público.

En este informe hallamos expresado el pensamiento del testador en los terminos siguientes:

« El culto de las bellas artes y de la música en particular, ha sido siempre objeto de mis predilecciones. Los azares de la vida me han impedido que consagre á la música mis facultades y mi tiempo; pero si no me ha sido dado figurar entre los fieles de un arte al que debo los goces mas delicados de mi vida, por lo menos he podido asistir de cerca á sus esfuerzos y á sus luchas. Ahora bien, la asidua frecuentacion de los artistas me ha inspirado la conviccion de que la suerte de los compositores de música por su estado de inferioridad relativa, era digna de las simpatías mas ardientes; y al mismo tiempo me ha dado el deseo de trabajar en cuanto lo permite mi fortuna, para suministrarles medios de produccion y de iniciacion de sus obras tan favorables como los que poseen los pintores, escultores y arquitectos. De esta conviccion profunda

y de este deseo bien meditado, ha nacido el pensamiento de mi fundacion. »

Siguen las condiciones del concurso que tendrá efecto cada tres años y en el cual serán admitidos los compositores y literatos franceses.

El teatro que represente la obra premiada por el jurado, recibirá 10,000 francos de prima.

Vemos pues, que el aliciente no se reserva á los autores del libretto y de la partitura, sino á la empresa que ponga en escena la ópera de un modo digno de llevarse este premio.

No hace muchos dias hablábamos en estas revistas de las resoluciones de la Asamblea nacional sobre el trabajo de las mujeres y los niños en las manufacturas, resoluciones dictadas por el mejor deseo en favor de la familia.

Como complemento de tales medidas, hé aquí una nueva proposicion no menos interesante y filantrópica.

Sabido es cómo esas pandillas de saltimbanquis que recorren las ferias de los pueblos y á veces se introducen en las fiestas populares de Paris, utilizan á los niños.

Nunca hemos visto sin dolor á esas tiernas criaturas obligadas á hacer ejercicios y juegos en los que arriesgan su vida; y además siempre se nos ocurre, como á todo el mundo, la idea terrible de que sus amos han podido apelar á algun raptó infame para hacerse con esos auxiliares que por la compasion que inspiran recogen la mejor parte de las ofrendas del público.

Y desgraciadamente no es una suposicion: repetidos casos prueban que los saltimbanquis son capaces de tan atroces fechorías.

Ahora bien, la proposicion á que nos referimos, que tiene por objeto reglamentar el trabajo de los niños, hará imposibles semejantes exhibiciones que lastiman la conciencia pública.

Leemos lo siguiente en la exposicion de motivos:

« Nos ha parecido que no bastaba proteger á la infancia contra el abuso del trabajo excesivo que puedan imponer patrones inhumanos: la obra sería incompleta si no se pensara igualmente en ponerla al abrigo de la codicia que á veces, desde la edad mas tierna, la somete al yugo de oficios inmorales ó viles y la desvía del objeto útil y noble que debe tener toda existencia humana.

» Creemos necesario tambien proteger á los menores contra las costumbres de mendicidad y vagancia que podrian darles aquellos que les tienen bajo su autoridad.

» El niño empleado en la grande industria encuentra por lo regular la direccion generosa é ilustrada de hombres cuidadosos de cumplir con su deber; y si allí, como en todas partes, su situacion inspira un interés legítimo, sin embargo, no tienen que temerse por parte de los amos, los malos ejemplos y las excitaciones perversas, causas ordinarias de una desmoralizacion precoz. En cambio, ¿qué preocupaciones tan dolorosas no penetran á todo hombre, á la vista de esas desdichadas criaturas que, por su condicion y hasta por culpa de sus padres, se hallan bajo el dominio de gentes que practican oficios abyectos y se entregan á especulaciones cuyo efecto seguro es una irremediable desmoralizacion! »

Nada mas cierto; y es de esperar que la Asamblea, asociándose á las miras del nuevo proyecto de ley, dictará providencias oportunas para atajar un mal que reclama remedio con urgencia.

Hemos dicho al principio de este artículo que los parisien-ses privados de las grandes fiestas propias de la temporada de invierno, se acojan á los teatros como último recurso; y con efecto, todos ellos prosperan. En los teatros se celebran actualmente las grandes reuniones, se ven las modas nuevas, se hacen comentarios sobre los vestidos y sombreros, sobre los perfumes mas en boga de Guerlain, sobre los abanicos y las peinetas. El Teatro Francés tiene los mártres y los juéves sus personas abonadas que ante el temor de que cierre sus ojos el repertorio clásico, se entregan á estas conversaciones á veces poco amenas para los que con menos regularidad ocupan las localidades adyacentes.

Bien es verdad tambien que los teatros, ni en vista de esta afluencia inusitada, hacen grandes esfuerzos en beneficio del arte y la literatura. Lo nuevo principalmente, es de una importancia muy secundaria, como por ejemplo, el drama de Alejandro Dumas, la *Mujer de Claudio*, del que á su tiempo hablamos á nuestros lectores, y que al cabo de treinta y tantas representaciones, se halla á punto de desaparecer de los carteles.

Dícese que Alejandro Dumas se muestra muy contrariado con la critica que ha estado unánime para censurar su obra; máxime en ocasion en que ha demostrado igual unanimidad para poner en las nubes á *Marion Delorme*. Si es cierto el rumor, probaria que Alejandro Dumas no es ni mucho menos el gran autor dramático que ha recogido tantas coronas. ¿Cómo puede pensar que por oposicion sistemática ó por enemistad personal se condena su drama? ¿Acaso tiene esta obra condiciones de vida? ¿Por ventura es otra cosa que una disertacion fria y monótona sobre la cuestion del adulterio; que sus personajes monstruosos ó imbéciles no han podido jamás existir en la vi-

da real y que son absurdos tambien considerados como tipos excepcionales?

El mejor modo que tiene Dumas de acreditar nuevamente su talento, como lo necesita despues de tan señalada derrota, es el de escribir otra obra con menos pretensiones y mas atencion á las exigencias teatrales que pasa por conocer mejor que todos los autores dramáticos contemporáneos. Si despues de la *Mujer de Claudio*, Alejandro Dumas se retira para siempre, segun se anunció cuando se creía que el éxito habia de ser prodigioso, en ese caso sí, confirmará los juicios de sus detractores.

Una pretension muy singular domina desde hace algun tiempo á Alejandro Dumas.

Preocupado con la cuestion del adulterio y empeñado en resolverla con folletos y dramas, no fija su atencion en que un caso excepcional no se presta á aplicaciones generales.

¿Por qué no medita el ejemplo de Molière respecto de los médicos? Conocida es la mania de Molière de ridiculizar á los descendientes de Esculapio; pero ridiculizaba á los que eran ridículos, y nada mas, y en el mismo caso estaban los enfermos.

No todos los facultativos eran objeto de burla á sus ojos, ni todos los enfermos eran aprensivos ó imaginarios.

El domingo último por la tarde hizo M. Paul Feval en la Gaité, una conferencia sobre Molière, en la cual trató con su agudeza de ingenio este punto importante.

Brillante fué su discurso, todo lleno de curiosas y divertidas anécdotas.

Molière es una fuente de estudio inagotable.

En una obra de M. Ch. Gidel, en la que trata de los franceses célebres del siglo XVII, se encuentran varios de los rasgos que citó Paul Feval y particularmente los que dicen tener relacion con aquel furor burlesco de que se hallaba poseido contra los médicos.

Y es de advertir que la medicina se prestaba, adoptando ó propalando teorías que excitaban incesantemente el ingenio de Molière.

Una de estas doctrinas fué la de las « ideas operantes » de la sangre.

El doctor Van-der-Becke y otros sabios creían en la influencia de la sangre inoculada.

Se ocurre un ejemplo, el de una jóven atacada de epilepsia á consecuencia de un susto, y cuya enfermedad se resistió á todos los remedios conocidos entonces.

Ahora bien, uno de aquellos sabios doctores propone dar á beber á la enferma un vaso de sangre de gato bien caliente; la jóven toma su medicina y seguidamente las ideas operantes de la sangre, la dieron todos los instintos de los gatos, esto es, cazaba ratones y se los comía, y maullaba lo mismo que los gatos.

¿Qué triunfo para la teoría de Van-der-Becke!

¿Y qué triunfo tambien para Molière que aumentaba el caudal de sus observaciones cómicas!

Molière no atacó pues, á la medicina en general, sino que recogió una cantidad de hechos medicales á cual mas extravagantes y absurdos, que le sirvieron de fondo para su inmortal teatro.

Y tal ha sido hasta ahora el procedimiento de la produccion dramática. Dumas no se contenta con trabajar en campo tan limitado. Sus tendencias son otras: quiere que sus comedias y sus dramas den soluciones que la ley no se ha atrevido á dar y que están reñidas tambien con las costumbres, y porque no se aceptan á su antojo, protesta contra la crítica y contra el público, olvidándose de que cuando la crítica y el público están acordes, lo que sucede mas á menudo de lo que comunmente se cree, la apelacion del autor se queda sin tribunal á quien dirigirse.

Tal es el caso actual de Alejandro Dumas.

MARIANO URRABIETA.

Estudios morales.

LA HIJA DEL GENERAL.

Jamás tuvo el soberano de la Gran Bretaña mas digno representante de su autoridad en la India que sir Cadwallader Adamthwaite, comandante en jefe de la presidencia de Bombay. Sir Cadwallader era lo que llamamos un oficial de fortuna, pero un rico matrimonio le habia puesto en estado de no necesitar el sueldo de su grado, y aunque lo aceptó, no tanto fué por ambicion como por ser fiel á este principio de toda su carrera; cuando un leal súbdito del rey está al servicio de su pais, no ha de mirar el grado que se le ofrece. Él hubiera sin duda preferido el sosiego, la independencia, el bienestar doméstico á la plaza segunda en el consejo de la presidencia, á los honores de un vireinato en el Oriente, pero se sacrificó porque se consideraba útil.

Cualquiera que sea el poder de que esté revestido

un comandante en jefe, nada por eso le impide el ser popular. Sir Cadwallader, naturalmente sencillo, en lugar de sujetarse á las leyes de la etiqueta, procuraba labrar la felicidad de cuanto tenia á su alrededor. En época mas difícil, habia mostrado que su carácter se elevaba á la altura de las circunstancias. La traición le encontraba siempre prevenido; la resistencia á su autoridad habia hecho reconocer su inalterable firmeza; el peligro habia probado su valor, y tras la victoria, generoso pacificador, se habia hecho respetar, así por los vencidos como por sus propios soldados. Pero mas adelante, no exigiendo ya el estado del país una vanagloriosa muestra de soberanía, y bastando la rutina para las necesidades del servicio, aflojó su vigilancia y su actividad, y «se entregó á sus comodidades,» segun su expresion, invitando á sus subordinados á seguir su ejemplo. Cuando veia á un oficial con chupa blanca, no por esto fruncia las cejas, recibia á sus convidados sin etiqueta, dejaba á cada cual hablar francamente, permitia la discusion, tomaba parte en ella y emitia su opinion sin pretender imponerla. En una palabra, su familiaridad era siempre franca y natural.

Sir Cadwallader era viudo ya desde muchos años, no habiéndole dejado su mujer mas que una hija. Su reconocimiento á la noble consorte que le habia distinguido, amado y enriquecido, cuando no era mas que un pobre oficial; los tiernos recuerdos de la felicidad que habia encontrado en su afecto conyugal; todo contribuia á hacer de Elena, de la dulce y hermosa Elena, la hija mas querida. Elena era el orgullo del general, y aunque ella conocia todo el imperio que ejercia sobre su padre, nunca le ocurrió la idea de abusar de su indulgencia para con ella. Elena rayaba en los quince años: ya se deja presumir que el estado mayor del comandante en jefe miraba á miss Adamthwaithe como á la deidad de la Presidencia. Aunque la franqueza militar del padre rechazaba las lisonjas directas que solo se encaminaban á su clase ó á su persona, no era sin embargo del todo insensible á los homenajes que se tributaban á su hija. Pero ¿quién se hubiera atrevido á prescindir de una respetuosa admiración hacia la rica heredera?

Entre los oficiales admitidos en la intimidad doméstica del comandante en jefe, contábase un alférez llamado Jorge Medway, cuya historia inspiraba el mayor interés. Hijo primogénito de un rico banquero de Londres, destinado desde su infancia á un brillante porvenir, no conociendo mas que el favor de la fortuna, apenas llegaba á los diez y ocho años, cuando una espantosa catástrofe desvaneció sus halagüeñas ilusiones. M. Medway, el padre, atrevido especulador y mimado por la suerte, emprendió la última que debia doblar sus capitales, y que una fatal combinación de lances contrarios desgració completamente. No tuvo valor para sobrevivir á su ruina, y la desesperación le puso en la mano el arma de los suicidas. Murió dejando un escrito que recomendaba su viuda y sus hijos á la piedad de sus acreedores. La piedad de sus acreedores... ¿qué recomendación!

Jorge se hallaba en edad de comprender la inmensidad de su desgracia, pero harto engreído para acogerse á la piedad de nadie, partió de Londres sin dar aviso á su madre, y pasó á Irlanda. Allí se enganchó en un regimiento que se embarcaba para la India, y en el que, por su buena conducta y su bella estampa, se hizo notar de sus jefes. Ascendió rápidamente hasta el grado de sargento primero, y el pagador del regimiento necesitando un oficial de secretaria, le escogió para llevar sus libros.

Con esta añadidura pudo Jorge enviar su sueldo á su querida madre, noticiándole su situación, que habia querido ocultarle mientras no pudiera serle útil. El oficial del pagador no tardó en atraer sobre sí las miradas del secretario de sir Cadwallader. Era mayor á la sazón Mopes, antiguo oficial, que habló con interés al comandante en jefe á favor de Jorge, le proporcionó desde luego el grado de alférez y le confió mas tarde las funciones de secretario agregado. El comandante en jefe estimaba mucho á su mayor, y este le habló tantas veces de Jorge y elogió con tanta eficacia sus honrosos sentimientos y su cariño filial, que su excelencia quiso verle y conversar con él; le halló instruido, inteligente, superior á su destino, y hé aquí al protegido del mayor valido del general. El secretario agregado estaba seguro de ser bien recibido cuantas veces se presentaba á la presidencia. Luego vino á ser el comensal, el comandante en jefe, sin que el mayor concibiese sospecha alguna, ni se enclase de su propio favorito.

Ciertamente que los modales de Jorge descubrian una noble modestia, una especie de conocimiento de lo que habia sido en otro tiempo, que le granjeaba la estimación de sus jefes. Sir Cadwallader no desperdiciaba ninguna ocasion en que pudiese hacerle valer. Aunque no creyese tener necesidad de justificar su parcialidad, parecia que le embargaba de continuo el deseo de manifestar que solo le trataba como merecia. Siempre que este habia desempeñado á su gusto una comision, por insignificante que fuera, el comandante en jefe no escaseaba los elogios; pero como hablaba de Jorge delante de su hija tan bien como delante de los compañeros del nuevo alférez, no cabia que Elena dejase de advertir que el joven amigo de su padre poseia realmente prendas apreciables, que era un verdadero caballero, y que la fortuna estaba debiendo una reparación á este caballero de bellas prendas cuya desgracia tenia algo de anovelado.

En Londres, si una joven heredera manifiesta preferencia á un joven, apenas se para en ello el mundo elegante, que deja á los amantes amarse ó reñir, casarse ó despedirse para siempre. Es un drama que se representa delante de espectadores demasiado distraídos para acordarse mucho tiempo de él, ó demasiado corteses para molestar con una censura directa á los principales actores. Pero en el círculo mas estrecho de una presidencia de la India, sucede todo lo contrario. Allí las pasiones mas ruines de nuestra misera naturaleza se ejercitan á costa de las víctimas, y llegan á ser industriales para dañar; la envidia y los celos se cubren con la máscara de la amistad y la estimación. ¡Ay de los amantes que han incurrido en algunas faltas leves ó en un descuido involuntario!

Hacia apenas dos meses que Jorge ocupaba el empleo de secretario agregado, y ya la turba de los envidiosos estaba toda en movimiento.

— En verdad, decia uno de ellos, que sir Cadwallader es hombre muy singular... Es imposible que eche de ver lo que está pasando.

— Puede que no tenga nada que decir, prosigue otro.

— Vamos, exclama un tercero, ¿quereis que deje casar á su hija con un hombre que era ayer soldado raso?

— ¡Chiton! ¡Chiton! No hablemos mas de soldado ni de general, ¿acaso el mismo sir Cadwallader no ha sido soldado?

— ¡Vaya! y por señas que se dice que su excelencia se llevó una paliza en Chatam, por haber en un saqueo robado un capon.

— ¡Silencio! señores, que aquí viene el comandante en jefe.

Efectivamente era él: los soldados corren á las armas, rodean los oficiales á su general, y en este pequeño grupo tan diligente, los mas obsequiosos son tal vez los buenos apóstoles que ahora mismo empuzaban la poco atenta biografía de sir Cadwallader.

Es cierto que muy á menudo se veia á Jorge y á miss Elena hablar á solas, y que en sus coloquios familiares no encubria esta á aquel el aprecio que hacia de su carácter. Pero él, que la miraba como un sér de esfera superior, creia no sentir hacia ella mas que aquella admiración imparcial que los sabios quieren sea compatible con un sentimiento mas tierno. Pero ¿conocen bien los sabios todas las sutilezas del amor, sus misteriosos peligros y el arte con que él mismo se engaña?

Aunque en la expresion de su aprecio, miss Adamthwaithe, como joven bien educada, no usara sino el lenguaje de la mas fina cortesía, Jorge no habia podido impedir una ó dos veces que le asaltara la sospecha de que su pensamiento llegaba algo mas allá. Pero se aquietaba en cuanto á sí, creyendo no profesar á miss Elena mas que un afecto respetuoso. No tardó sin embargo en conocer su error cuando la casualidad hizo llegar á sus oídos una de las conversaciones á que le exponia su intimidad con la familia del comandante en jefe. Un recto exámen de conciencia le descubrió lo que estaba pasando realmente en su alma. Él mismo se reprendia con amargura su egoismo que le habia hecho buscar la compañía de Elena, á riesgo de comprometerla. «Pero todavia es tiempo, dijo para sí, yo arrancaré de mi pecho esta pasión naciente, yo me privaré de aquellas conversaciones tan encantadoras y tan peligrosas... yo evitaré las ocasiones de ver á miss Elena, yo comeré fuera de casa cuantas veces me sea dable... Así que se levante de la mesa, me saldré bajo cualquier pretexto, y cuando miss Elena me haga señas para ponerme á su lado en el balcón ó en la azotea, yo sabré hallar alguna excusa para quedarme en otra parte con el general, con el mayor, ó con otro cualquiera, antes que exponerle por mas tiempo á notas tan injuriosas para ella.»

Pero ¡ah! esta misma resolución le manifestó que demasiado tarde ya habia hecho una reflexión tan prudente, y parecióle que todo conspiraba para dificultar su ejecución. Cabalmente el otro dia el general daba un banquete: «Cuento con vos,» dijo á Jorge en el momento en que este habia preparado su excusa para prevenirle que debia ir á comer con un amigo. Al dia siguiente, la misma miss Adamthwaithe se adelantó para manifestarle que irian á visitarla algunas damas jóvenes de Bombay, y que necesitaba todo el estado mayor para hacerlas bailar. Así la suerte dispuso que sir Cadwallader ó su hija impusiesen al pobre secretario-agregado la obligación indispensable de dedicarles todas sus horas de descanso. ¿Qué le quedaba por hacer? observarse con atención. Pero precisamente esta vigilancia escrupulosa acabó de convencerle de lo que modestamente queria dudar. Enterado ya del verdadero estado de su corazón, no pudo equivocarse sobre el significado de los cumplidos de Elena. No solamente para complacer á su padre dispensaba ella tan grata acogida al protegido del comandante en jefe: su amistad no era hija solamente de la estimación. El vestido que por una casualidad habia él dicho parecerle de buen gusto, era el que Elena escogia para ataviarse; la flor que él habia celebrado como la mas hermosa, se veia siempre en su seno. Si se sentaba en el piano y se la suplicaba que cantase, cantaba la balada que Jorge le habia enseñado... Ella alababa y reprobaba lo que alababa ó reprobaba Jorge... ¡Pobre Elena! ¡demasiado cándida para disimular su amor!

Jorge se estremeció, acusóse de ingratitud, de haber faltado á la confianza de su bienhechor y de haber

sorprendido los afectos de una niña á quien nunca podia esperar llamar su esposa. Jorge consultó en seguida lo que exigia su reputación de hombre honrado, y por cruel que fuese la acción heroica á que se determinó, no vaciló en realizarla sinceramente. Pero necesitaba un amigo y le halló.

Si Jorge se habia acarreado algunos envidiosos, habia tambien adquirido mas amigos; pero entre estos, necesitaba sobre todo en esta circunstancia del cirujano de su regimiento para ayudarle á que no fuera por mas tiempo reo de una ingratitud involuntaria. El doctor Short era hombre muy instruido, hábil observador, y naturalmente lacónico, como práctico acostumbrado á estar prevenido contra la indiscreción habladora y suspicaz de sus enfermos. No obstante duplicaba sus preguntas, cuando tenia algun asunto con clientes que al cabo querian engañarle, y de intento los desesperaba, dirigiéndose en derechura á su objeto, si conocia que intentaban llegar á él por rodeos. Jorge entró en su casa cabizbajo, y despues de titubear algunos momentos:

— Mi querido doctor, le dijo, necesito de vuestros buenos servicios.

— ¡Qué! ¡se trata de un desafío! contestó el doctor Short, no creyendo ver un enfermo ó un herido en el triste semblante de su amigo.

— No, no, mi caro doctor; estoy indispuerto... ¡me hallo muy mal!... Siento continuamente un dolor aquí en el costado. Yo no puedo permanecer por mas tiempo en la India: es preciso que vuelva á Europa para restablecerme: voy á hacer mi dimisión de secretario-agregado... Dadme un certificado...

— ¡Oh! ¡oh! dijo el doctor Short con un leve acento de ironía; ya veo, ya presumo... ¿No obstante, veamos qué costado os duele? ¿el derecho? ¿el izquierdo?

— El derecho, doctor... No puedo levantar el brazo perpendicularmente sin padecer el tormento mas cruel.

— ¡Oh! ¡oh! repuso el doctor, bien podeis levantarlo; ahora me recuerda aquella vieja que fué á casa de Abernethy á quejarse cabalmente en los mismos términos; y á quien mi ilustre cofrade dió la misma respuesta.

— Yo os aseguro, dijo Jorge, que no me chaceo.

— Enseñadme la lengua, amiguito... Vamos, que está limpia y encarnada como una remolacha. Conmigo no cabe eso: no quiero creer que esteis enfermo... ¿á que no me decís lo que pasa?... ¿Es sir Cadwallader quien os envía?

— ¡Sir Cadwallader! ¡oh! no, repuso Jorge, nadie sabe que haya venido á veros.

— ¿Por qué haceis de esto un misterio?

— Yo no hago ningun misterio.

(Se continuará.)

La pesca de ostras en Treguier

(FRANCIA).

Treguier es un pueblecillo del departamento de las Costas del Norte, á siete kilómetros del mar, que aparece en anfiteatro en la confluencia de dos rios, el Guindy y el Jaudy, que reunidos forman el Treguier. Tiene una bonita iglesia con tres torres y un precioso claustro, algunos conventos del siglo XVII y el castillo de Kermartin. Pero lo que ha hecho célebre á esta localidad, son sus bancos de ostras. El Jaudy, así como las orillas del Trieux, ocupan un puesto muy importante, bajo el concepto de la producción de este molusco tan suculento como prolífico. Con efecto, cada ostra produce anualmente de uno á dos millones de crias, cuya mayor parte se pierde en el fango, ó viene á ser presa de los peces del mar, en tanto que, mediante algunas precauciones, esto es, preparando algunos peñascos artificiales cerca de los bancos, con algunos haces de leña menuda reunidos entre sí con cuerdas y estacas para detener las crias al paso, es muy fácil reservar á los aficionados tan abundante y rica cosecha.

La pesca de ostras no es libre enteramente. Los comisarios de la matricula visitan todos los años los bancos antiguos y nuevos, y ellos indican los puntos donde se puede pescar, la época de la pesca y el número de embarcaciones que han de tomar parte en ella.

El 31 de enero se efectúa en Treguier, cuyo puerto ofrece ese dia el animado aspecto que refleja nuestro dibujo.

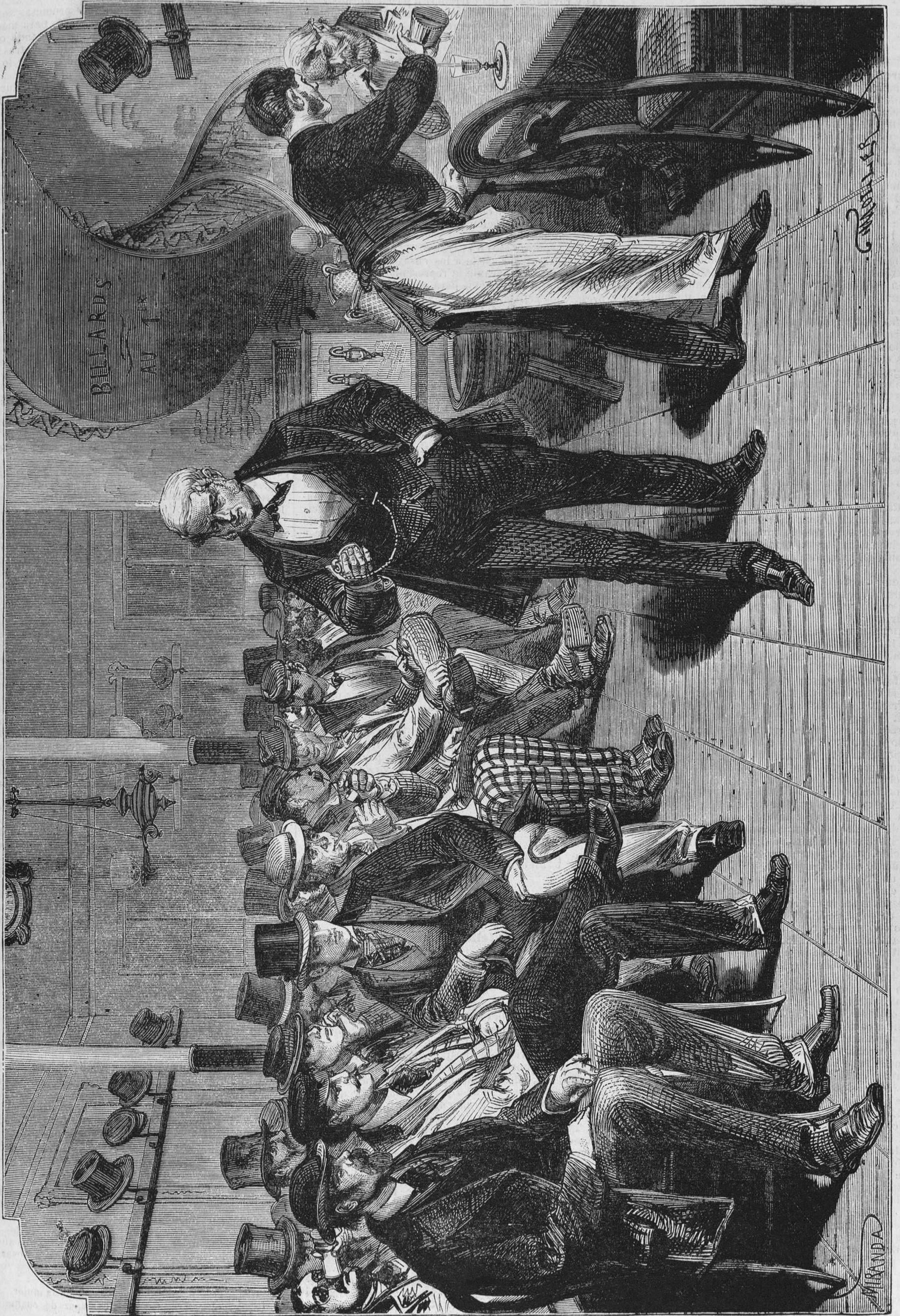
«Quinientas veinte y siete embarcaciones, dice el dibujante, se apiñaban el 31 de enero de este año en el angosto espacio del Jaudy (unos dos kilómetros), donde está el principal banco de ese rio, un poco mas atrás del puente colgante que pone en comunicacion sus dos orillas. Esta pesca con barrera no dura mas de media marea, y la que hacen á pié en el fondo del agua los pobres de las cercanías, dura una hora ó dos.»

El resultado de la pesca para las embarcaciones ha sido de 3,689 millares de ostras, y de 420 millares para los pescadores á pié, que á razon de 25 francos cada mil, dan 102,725 francos. El año anterior no se sacaron mas de 2,423 millares de ostras, que produjeron 63,575 francos.



FRANCIA. — Pesca de ostras con barradera en el Jaudy, río de Treguier.

F. L. G. 1861



TIPOS Y FISONOMIAS DE PARIS. — La claqué : punto de reunion de los *claqueurs* de la Opera en el café de la calle Favart.

Tipos y fisonomías de París.

LA CLAUQUE.

Durante la Exposición universal de 1867, cuando las provincias y el extranjero llenaban los palcos de la Grande Opera, se notaba que en los momentos más interesantes, las miradas se apartaban del escenario para fijarse en el centro del patio, donde un grupo, particularmente impresionable, se distinguía por un entusiasmo local que de repente se calmaba para volver á declararse con la misma furia que antes. Algunos de los viajeros sorprendidos, preguntaron qué significaba aquello, y les respondieron:

— Es la *claque*.

La *claque* es una institución exclusivamente parisiense, y no de origen antiguo.

En 1809, la primera representación en el Odeon del *Cristobal Colon*, de Lemerrier, dió margen á tales desórdenes, que hubo de intervenir la policía. Los diferentes jefes de *cábala* (aun no se llamaban *claqueurs*) fueron presos é interrogados, y se formó una causa que hemos podido consultar, y de la cual tomamos los siguientes curiosos datos:

Pedro Leblond, de treinta y dos años, peluquero domiciliado en la calle de Saint-Honoré, número 278, era uno de los principales jefes de *cábala*. Tenía á sus órdenes cuarenta personas. Los autores y compositores le pagaban por sus aplausos cuarenta billetes por cada una de las tres primeras representaciones, y veinte por las demás.

Leblond recibía además joyas, dinero y hasta pensiones. Algunos artistas estaban como abonados á precio fijo. Nourrit pagaba cada noche 7 libras 4 sueldos. En las listas de los que daban billetes á Leblond, hallamos los nombres de Talma, Lafond, Mlle. Georges, Duchesnois, Mezerai, etc.

Los otros jefes de *cábala* trabajaban del mismo modo. Un tal *Ledoux*, que había sido cómico, recibió de Mlle Contat 250 francos por su abono.

Juan Bautista Lebrun dice en su interrogatorio que M. Kreutzer le regaló la levita que llevaba puesta. M. Delrieux, autor de *Artajerjes*, no le dió más que las comidas. La esposa de este autor le regaló un chaleco.

Estos y sus compañeros pasaron ocho días en la cárcel, y se les mandó que en lo sucesivo no se presentaran en ningún teatro, bajo pena de ser expulsados de París.

Sin embargo, no obedecieron durante largo tiempo. En 1811 seguían su oficio, aplaudiendo á los artistas que les daban billetes.

En la época de la Restauración (1824), los principales jefes de *claque* eran los siguientes:

En la Grande Opera, Augusto, peluquero; en el Teatro Francés, Vacher; en Feydeau, el ya citado Leblond.

Parece ser que Vacher era hombre muy hábil y de mucho tacto. Un tal Enrique, encuadernador, es conocido por el mas torpe de los *claqueurs* de la capital.

«Sin embargo, justo es decir que su puesto es también el mas difícil (teatro del Odeon). La turbulencia é indocilidad de los estudiantes que pueblan el *parterre*, le exponen todas las noches á grandes peligros, de los que solo escapa huyendo. Cien veces ha sido pateado y ha rodado entre los bancos.»

En los demás teatros la *claque* encontraba menos oposición, y así es que prospera, se organiza, se pone de acuerdo con las empresas, y el jefe de *claque* viene á ser un funcionario del teatro.

Un empleado de la Opera, que ha dejado Memorias manuscritas sobre el período de 1836 á 1840, refiere, como un golpe de Estado, que el 11 de abril de 1838, el jefe de *claque* Augusto fué reemplazado de repente por Sauton, del Gimnasio.

Sauton, hombre de ingenio, había creado en el Gimnasio, en favor del repertorio de Scribe, las *carcajadas* y los *lloros*. En aquel tiempo los *claqueurs* no pagaban todavía á las empresas un tanto fijo, como se estipuló posteriormente.

No obstante, si la *claque* no se ve ya perseguida por la policía como durante el primer imperio, si se halla instalada abiertamente en los teatros, los contratos á que da lugar no han sido reconocidos nunca por los tribunales, que los consideran contrarios á las buenas costumbres y al orden público.

En 1840 un proceso reveló que Cochet, jefe de la *claque* en el Vaudeville, había entregado al empresario 24,000 francos. El mismo Cochet, que despues quebró, calculaba en 30,000 francos los beneficios que había hecho en cuatro años.

La lámina que damos en la página 169 representa el café de la calle Favart, donde se reúne actualmente la *claque* de la Grande Opera. Aquí se dan cita los aspirantes. Se toma alguna bebida y se espera la llegada del jefe que, antes de abrirse el despacho, llega á inspeccionar y á elegir sus hombres, designando á éste y rehusando al otro, cuyo aspecto ó modales no le parecen convenientes. En todos tiempos los jefes de *claque* de los grandes teatros han puesto su amor propio en componer su gente lo mas lucida que les es posible.

Una vez hecha la elección, los elegidos de la noche se encaminan por grupos de cinco á la entrada de los artistas, y cuando están todos, comienza el desfile. Los

hombres, guiados por un jefe que conoce bien las vueltas y revueltas de los corredores, pasan por una puerta de comunicacion, y antes de que llegue el público, ocupan su centro de operaciones.

Así que se alza el telon, deben estar atentos á la señal del jefe y aplaudir todos juntos. Concluido el aplauso, los codos se separan, y una presión que se comunica de uno en otro, vuelve á hacer caer las manos sobre las rodillas, y detiene en un segundo por un *decrecendo* insensible la expresión del entusiasmo.

Todos estos movimientos se operan con la mayor precisión, pues una palmada aislada, antes ó despues del momento propicio, bastaría para hacer reír al público, lo que anularía el efecto de la ejecución.

Las noches de primera representación son naturalmente excepcionales. No todos aquellos á quienes vende un billete el jefe de *claque* están obligados á aplaudir. Hay lo que llaman los *solitarios*, que sitúan lejos del grupo activo, y que entran por la puerta del público. Mas de un aficionado que no encuentra billete á ningún precio, compra á veces muy caro, el derecho de penetrar así en el teatro.

El jefe de *claque* asiste á los ensayos de las obras; toma apuntes, y durante la representación, sube al escenario en los entre actos para entenderse con la empresa y los artistas.

A veces cuando la función es larga se suprime un *bis* (la repetición de una pieza), y lo mismo sucede cuando un artista está cansado.

El duo de la *Muda de Portici* (*Amour sacré de la patrie*) fué objeto de un convenio. Cuando al fin del duo los dos artistas se estrechaban la mano, significaban que tenían fuerzas para repetir, y estallaban con los bravos los gritos: *bis! bis!* Una noche, un tenor que cantaba de improviso el papel de *Mazaniello*, y no tenía noticia de lo convenido, no pensó en estrechar la mano que *Pietro* le tendía, y privó así de su parte de triunfo al barítono.

Un jefe de *claque* debe ante todo evitar el indisponer al público. Saber detenerse á tiempo, apreciar las disposiciones de la concurrencia, es la gran dificultad del arte que solo se vence con mucha práctica. Cuando el artista ha estado mediano, cuando algun accidente ha perjudicado á la emisión de su voz, el jefe prudente y experimentado se calla para no provocar las protestas del público.

En suma, el ideal de la *claque* sería suplir la pereza del público que poco á poco ha perdido la costumbre de aplaudir, expresar su entusiasmo, sin entrar jamás en lucha con él... Pero esto es un ideal, y no otra cosa.

A los bravos se reúnen á veces gritos de alegría, que se pagan aparte.

No sabemos lo que el porvenir reserva á la *claque*. Es evidente que el día en que el público lo quisiera de veras, desaparecería ante sus protestas. Algunos empresarios que querían suprimirla, han desistido, temiendo que nacieran *clagues* privadas, pagadas por tal ó cual artista, y que quizás, aplaudiendo á uno habrían silbado á otro.

En ciertos teatros la *claque* ha dejado de ocupar su puesto tradicional debajo de la lucerna; pero en la mayor parte no le han desocupado aun, por lo cual siguen mereciendo su nombre de *Caballeros de la araña*.

C. N.

LA CIENCIA DEL HOMBRE DE BIEN,

POR

Melchor Gioja.

(Continuacion. — Véase el número 1,050).

Toda autoridad lleva por condición esencial las ventajas de las personas que le están subordinadas: máxima que condena la crueldad de los salvajes que tratan á sus mujeres como bestias de carga, y la tiranía de los pueblos orientales que las miran como esclavas.

Será, pues, tanto mas reprehensible la conducta del marido cuanto mas se acerque á los dos extremos indicados; porque una tiranía doméstica, que se renueva á cada instante, que se extiende á todas las acciones, que condena cualquiera mirada, que declara traidores los pensamientos, debe ser mortal para la mujer, sin producir para el marido mas fruto que el de la inquietud. El hombre sensato sabe que la falta de confianza es una ofensa que engendra deseos de vengarse, y renuncia á la tiranía por no crear la traición.

La estimación, la asistencia, la amistad, la previsión, son, pues, los primeros deberes del marido que debe dominar á su esposa para prestarle auxilio, sostener su debilidad, y no aprovecharse de ella para hacerla desgraciada. El sabe que la habitual y constante adhesión de ella puede ser solo efecto del cariño que en su esposo advierte. El no olvida que en el presente estado de cosas, los placeres se mezclan muchas veces con algun disgusto; y que siendo las im-

perfecciones pension de la humana naturaleza, es preciso tolerar para ser tolerado.

La fidelidad y la constancia en las promesas son el segundo deber, ó bien el segundo medio para mantener la felicidad en los lazos conyugales. Cuando olvidando el marido sus juramentos, divide con otras mujeres los afectos de su corazón, suele resultar lo siguiente:

1º Pierde el afecto de su esposa, y la induce á imitarle; se priva de aquella amiga constante, fiel, solícita, que comparte con él las penas de la vida, le auxilia en sus enfermedades, le socorre en la vejez.

2º Mientras la conveniencia ó la necesidad le obliga á habitar con su familia, sus deseos le quisieran lejos, y esta colisión no es compatible con la felicidad.

3º Descuida los negocios de su familia, que son trabas y peso á sus nuevas necesidades, y por esto crecen las deudas, se aniquilan los patrimonios, y vienen las quiebras.

4º Descuida la educación de los hijos, educación que puede llegar á ser perfecta solo cuando el cariño, la amistad, la benevolencia y la concordia unen los ánimos y las ideas de los esposos con respecto á la prole, pues la felicidad de las personas casadas depende del logro de los hijos, y este en gran parte de la educación.

5º Los hijos suelen sentir poco reconocimiento á los padres que descuidaron su educación, lo cual para el padre equivale á pérdida de auxilios en la vejez.

6º La opinión pública niega sus auspicios al marido infiel, ó al menos no le favorece en las pretensiones eventuales de empleo, cargo, etc.

7º La conducta poco sensata de su esposa, á quien él mismo inclinó hácia la corrupción con su ejemplo, abre otra herida en su ánimo, ya que el público, siguiendo la máxima de Tácito, no siempre verdadera: *vir in eo culpa si fœmina modum excedat* (1), echa en cara al marido la disolución de la mujer, y le expone al ridículo.

Observemos el argumento por el lado de la mujer.

Los deberes son recíprocos, y ligan á la mujer lo mismo que al marido, so pena de debilitar ó destruir los lazos que contrajeron para su mútua felicidad.

Por gratitud y en cambio de la protección, amistad y beneficios que recibe del marido, está obligada la mujer á profesarle dócil deferencia, tiernos cuidados, fidelidad y constancia inalterables, virtudes necesarias para conservar y robustecer la unión.

Los griegos, edificando un templo á Venus velada, manifestaron querer decencia, modestia, pudor y timidez en las mujeres, lo cual induce á considerar como defectos y vicios las cualidades opuestas.

En caso que el marido olvide su deber, no debe ella olvidar que la dulzura es el arma mas fuerte que puede oponer una esposa á las pasiones de su marido, á quien las contradicciones harían aun mas intratable.

La mujer que olvida las promesas de su jurada fidelidad:

1º Indispone á su marido, que halla perfidia donde aguardaba reconocimiento, que se ve expuesto sin culpa propia á los insultos del público; que al querer abrazar á un hijo, le detiene la sospecha de si no será suyo.

2º Por esto debe temer alguna explosión por parte de su marido, ya que por una parte la paciencia humana tiene sus límites, y por otra las heridas de amor son las mas ofensivas y las menos perdonables.

3º Constantemente ocupadas en burlar la vigilancia de su esposo y de cuantos la rodean, adquiere un hábito de mentira, de falsedad y de traición, sujetándose á un penosísimo sistema de cuidado, de inquietud, de vigilancia y de manejos que la angustian noche y día.

4º Dificilmente evita la censura del público, el cual, mientras reconoce en las mujeres mayor flaqueza, pretende de ellas mayor constancia, y las juzga con mayor severidad.

5º Abre su ánimo á delitos de otro género, segun la máxima algo exagerada de Tácito: *Fœmina, amissa pudicitia, alia crimina non abnuít* (2).

6º El abandono de la economía doméstica y de la educación de los hijos son otras terribles consecuencias, como se ha dicho mas arriba hablando de la infidelidad de los maridos.

Bien sabido es que los mismos padres tienen la culpa de muchos matrimonios desgraciados, pues viendo la felicidad en la riqueza mas bien que en la unión de los ánimos, consultan con preferencia el valor de las rentas, que la conformidad de los caracteres. Las insensatísimas pretensiones de la cuna, las falsas ideas de la razón de estado, se aprecian mucho mas que la buena educación, la pureza de los afectos, el talento, la dulzura, y la rectitud de las costumbres.

§ II. Deberes de los padres y de los hijos.

No es suficiente para el Estado el que los padres hayan procreado hijos, sino que los quiere modelados de manera que pueda hacer uso de ellos en el comercio social.

La debilidad física del niño, que dura tantos años, sus facultades intelectuales mas lentas aun en desarro-

(1) Culpas son del marido los excesos de la mujer.

(2) Mujer que pierde el pudor es capaz de cualquiera maldad.

llarse, las pasiones que se despiertan en cierta edad mientras falta experiencia para regularlas, la extrema sensibilidad á lo presente, la negligencia por lo futuro, todo demuestra que el niño necesita continua asistencia y dirección; le es necesaria una autoridad mas inmediata que las leyes, una autoridad que le gobierne con recompensas y penas que se extiendan á todas las particularidades de su inconstante conducta.

También en la elección de un estado ó profesion exige que el joven esté sujeto á una autoridad particular. Esta elección, fundada en circunstancias personales, en la expectativa, en el talento, en las inclinaciones de los jóvenes alumnos, en el acierto de aplicarlos á tal cosa mejor que á otra, por último, en la probabilidad del éxito; esta elección, digo, es demasiado complicada para convertirla en incumbencia de un magistrado público: para cada individuo se necesita una determinación particular, determinación que exige minuciosos conocimientos que no podría adquirir un magistrado.

Este poder de protección y dirección sobre individuos tenidos por incapaces de protegerse y dirigirse á sí mismos, constituye la autoridad de los padres ó de los tutores en su defecto, especie de magistratura doméstica, fundada en la manifiesta necesidad de sus subordinados, y que debe reunir todos los derechos precisos para corresponder al objeto sin traspasar sus límites.

Estos derechos pueden ser tanto mas reducidos por lo que hace á la severidad, en cuanto es su aplicación mas cierta, mas inmediata, mas fácilmente variable, y en cuanto el gobierno doméstico posee un fondo inagotable de recompensas, porque en una edad en que todo se recibe, no hay concesión que no pueda vestir una forma de remuneración.

La ternura paternal es mas propensa á hacer sacrificios por los hijos, que á prevalerse de sus derechos por utilidad propia. La ternura paternal se alimenta de los manantiales siguientes:

1º El amor propio de un padre se complace en haber producido *otro sí mismo*, un ser que perpetuará su nombre, recordará á otros su memoria, y le representará en la sociedad. Esta es la causa del disgusto que roe el alma de los grandes cuando no pueden lograr sucesión, pues temen ver apagados sus nombres, sin que de ellos quede huella alguna; y de este sentimiento nacieron las primogenituras y los mayorazgos.

2º Las cualidades amables que suelen mostrar los niños en su infancia empeñan mas el afecto que los vigila, y lo convierten en hábito. Mientras el niño es pequeño, gustan los padres de asistir á sus juegos infantiles, de proteger su debilidad y satisfacer sus necesidades; placeres deliciosísimos porque los anima la esperanza.

Cuando el niño ha llegado á edad mas adelantada, cuidan los padres de su educación, promueven el desarrollo de su talento, y entre las ilusiones del amor propio procuran adivinar lo que será algun día.

Al tocar la edad de la adolescencia, le dirigen en la elección del estado que desea ejercer en la sociedad.

Concluida su educación, le tratan como hombre; le miran como á su mejor amigo; le confían todas las miras que tienen acerca de su bienestar, sin olvidar la del matrimonio que ha de asegurar su felicidad y la de ellos.

Estos cuidados, continuamente reproducidos, satisfacen en los padres la necesidad de estar continuamente ocupados.

3º Unese á estos sentimientos el placer del mando, tan natural al hombre. Las madres especialmente prueban extrema satisfacción en mandar á los niños mientras estos se hallan en la edad tierna.

4º Por último, se cuenta la esperanza de hallar en los hijos seres dispuestos á agradecer algun día las solicitudes de los padres y prestarles auxilios en caso necesario.

El ejercicio de la autoridad paterna, agradable á los padres y útil á los niños, produce ventajas á la sociedad, tanto porque aumenta la actividad y la economía, segun ya se ha dicho, como porque forma individuos aptos para los trabajos sociales.

Ninguna autoridad es amada, sino cuando se reconoce útil; la paterna no puede sustraerse de tal ley: y por esto los padres deben no perder de vista que las parcialidades, en vez de aumentar el amor en el ánimo de sus hijos, tienden á extirparlo. Los defectos corporales de los hijos debieran interesar la compasión de los padres, mas bien que inducirlos á desórdenes ofensivos ó evidentes injusticias (1).

El ejercicio de la autoridad paterna será nocivo cuando los padres ofrezcan á sus hijos el odioso espectáculo de la discordia y el vicio. Los ejemplos domésticos corrompen mas presto, precisamente porque los que los dan imponen por su autoridad « Sean pues » irreprehensibles todas vuestras acciones, dice Juvenal » á los padres, para que los hijos no disculpen sus vicios con los vuestros, una vez que todos somos dóciles imitadores de la perversidad. » Un niño concibe prontamente el deseo de imitar cuanto ve hacer por las personas que le gobiernan, pues las supone mas

hábiles en proporcionarse placeres: *imitar* es intentar conseguir la felicidad con los medios que se ven emplear por los demás.

La autoridad paterna se contiene en justos límites, cuando manifestando el mayor disimulo en los defectos inherentes á una edad falta de razon y experiencia, y dejando ancho campo á los placeres inocentes, « reserva la severidad para las desobediencias y para los vicios que descubren disposiciones antisociales. » Los padres que dejan impunes estos vicios, no son buenos, sino indolentes, y puede decirse malvados, ya que, para ahorrar un pequeño castigo actual, dejan expuesto al niño á mortificaciones futuras mucho mayores.

Un rigor injusto y fuera de propósito produce esclavos ó rebeldes y no ciudadanos apreciables. Un buen padre sabe que el terror nunca engendrará cariño.

La idea de dejar á los hijos un rico patrimonio arrastra tal vez á los padres hacia la sordida avaricia, y privándose á sí mismos y á sus familias de placeres inocentes, las inducen á desearles la muerte. Tampoco preven por otra parte, que las forzadas privaciones en los jóvenes aumentan el deseo de disipar; por esto los hijos de padres avaros suelen ser unos manirosos.

Una buena educación es el mejor patrimonio que los padres pueden dejar á sus hijos, y á este objeto tiende la ley que garantiza la autoridad paterna; porque ciertamente con mas facilidad pueden disiparse los bienes que las cualidades personales capaces de adquirirlos, y por esto Solon descargó al hijo de la obligación de mantener á su padre en la vejez, si teniendo este medios, habia descuidado el hacerle aprender un oficio.

Un padre que no se deja ofuscar de la ambición del mando, sabe que la sujeción del hijo es un estado desagradable, y de ahí la necesidad de hacerla cesar cuando se pueda sin temer otro mal mayor. A veinte y un años están desenvueltas las facultades del hombre, posee todo el sentimiento de sus fuerzas; otorga al consejo lo que negaría á la autoridad, y no puede sufrir el verse aprisionado en los grillos de la infancia: la prolongación del poder doméstico mas allá de esta edad produce muchas veces un estado de aspereza y de irritación igualmente nocivo á las dos partes interesadas. Un padre convencido de haber dado á su hijo buena educación, se gloriará de tratarle como hombre de razon en una edad en que otros son todavía menores.

Pero siendo muy comun que los padres intenten prolongar la duración de su autoridad, es fuerza decir ó que se dejan ofuscar del placer del mando, ó que están persuadidos de que fué imperfecta la educación dada á sus hijos. Supuesta la misma perfección de un trabajo, el operario se gloria de haberlo ejecutado en menos tiempo.

El afecto filial tiene por base:

1º « Las renacientes necesidades del hijo satisfechas por los padres. » El sentimiento agradable de las necesidades satisfechas se une y se confunde con la idea de los que las satisficieron.

2º « El hábito de estar juntos, que se convierte en verdadera necesidad; » por esto el niño grita cuando le separan de su madre ó su nodriza, aunque no le sea necesario su auxilio ó asistencia.

3º « La razon que se desarrolla en él » le muestra otra serie de afectos, y á los que ya sentía por sus padres, añade el sentimiento de la gratitud.

4º « La esperanza de los nuevos beneficios que de ellos aguarda; » pues le protegen con su crédito, le conceden auxilios pecuniarios, y por último le dejan todos sus haberes.

Un joven sensible probará por su padre especial ternura y respeto, pues ve en él su amigo mas sincero, el mas afectuoso, el mas benéfico, el autor ó conservador de su patrimonio, el creador de los recursos mentales que le son necesarios para subsistir con honor y adelantar en la carrera de la vida: no olvidará que su padre se privó de muchas comodidades para darle buena educación, siguió inquieto sus pasos para apartarle del peligro, le adquirió crédito con sus virtudes, y le colocó en puesto estimable en la sociedad; y sabrá por fin que estos resultados son fruto de incansantes cuidados, de tierna solicitud, de repetidas tentativas y de infinitos esfuerzos entre la numerosa turba de concurrentes.

Un joven sensible probará por su madre el mas tierno y respetuoso afecto, recordando que le llevó por nueve meses en su seno; que le dió á luz entre las angustias del dolor; que sufrió las infinitas molestias de la edad infantil: sabrá que de ella ha aprendido á conocer los primeros objetos de la escena de la vida; á repetir los primeros acentos del lenguaje; á desarrollar los primeros elementos de la sensibilidad y de la imaginación; no olvidará las noches que veló al lado de su cuna; los temores que padeció en sus enfermedades; los sustos que le dió su inexperiencia; y verá por fin en ella el ángel benéfico, la divinidad tutelar, que con incansante cuidado, inquietas vigiliias y diarios sacrificios logró salvarle de la muerte á que sucumben la mayor parte de los niños.

Tanto amor de parte de los padres nunca puede ser correspondido con bastante respeto, sumisión y ternura. Los debidos sentimientos de una gratitud ilimitada ne pueden apagarse ni por el humor áspero de los padres, ni por sus largas enfermedades, ni por la debilidad de los muchos años. Y si el hijo observa defectos en su padre, conocerá que debe portarse como los hijos de Noé, que cubrieron con sus capas la desnudez de su padre privado del vino.

Un joven sensible y racional no amargará jamás los ancianos dias de sus padres; no burlará sus justas esperanzas; no empañará el crédito de su familia; no dará motivo para que sus conciudadanos digan que tuvo educación descuidada, ni opondrá obstáculos al adelanto de sus hermanos con una conducta poco decorosa. Sino que reflexionará que algun dia ha de ser padre también, y que para adquirir derecho al afecto y gratitud de sus hijos, debe precederles en el ejemplo y haber profesado iguales sentimientos hacia los que le dieron la vida. Tales decía que debemos esperar de nuestros hijos la misma conducta que hemos observado con nuestros padres.

La historia romana demuestra que la virtud de los hijos recibió muchas veces amplia recompensa de la pública opinion. La historia de las proscripciones romanas (elijo un hecho entre mil) recuerda el generoso sacrificio del joven Opio. No pudiendo huir su padre por sus enfermedades y vejez, resistió por algun tiempo á las instancias del hijo que le estimulaba á pensar en su salvación. No hallando otro medio para librarle la vida, cargó en sus hombros al anciano enfermo, y así le llevó fuera de las puertas de Roma. Cuando sus fuerzas permitian al padre caminar un poco, el hijo le servia de apoyo: cuando no se lo permitian, volvía otra vez á llevarle acuestas. Nadie les conoció en su largo y penoso viaje; nadie les denunció, y llegaron felizmente á Sicilia.

Conocido de todos este rasgo de filial ternura, así que la paz permitió volver á Roma á los proscritos que escaparon de la matanza, el pueblo con unánime aclamación nombró edil al joven Opio, aunque no se hallaba su nombre entre los de los *candidatos*. Y como la confiscación de sus bienes le hacia imposible el gasto de los juegos públicos que el uso prescribía en semejantes ocasiones, los diferentes colegios de los artesanos declararon que ellos harían gratuitamente en este caso cuanto dependía de sus oficios. Rivalizaron los espectadores en generosidad con los artesanos, y echaron en la orquesta tal abundancia de dinero, que al fin de su edilidad se halló aquel joven virtuoso dueño de una fortuna mas que mediana.

V.

VIRTUDES GENERALES.

La humanidad, ó sea el sentimiento de afecto á todos los hombres, la inclinación á hacerles bien, el deseo de socorrerles en sus necesidades, es la fuente de las demás virtudes. Su código, como todos saben, se encierra en las dos máximas siguientes:

1º « Haced á los demás lo que quisiérais para vosotros mismos. »

2º « Lo que no quisiérais para vosotros, no lo hagais á los demás. »

Los que tratan de dividir á los hombres para oprimirlos, y procuran dividirlos empezando por engañarlos, no pudiendo negar las máximas expresadas, intentan desacreditar á la filosofía que las propuso. Estos dijeron que la filosofía predicaba el amor de todos los hombres con la condición de no amar á ninguno.

Por fortuna esta sincera y profunda censura recae sobre el mismo autor del Evangelio, ya que la obligación de amarse reciprocamente, impuesta á todos los hombres, se lee en todas las páginas de aquel augusto código. A pesar de esto los verdaderos filósofos se esfuerzan en probar las dos máximas indicadas con el *sentimiento*, con la *razon*, con la *religion*.

Sentimiento. Se ha dicho ya que es tal la índole del corazón humano, que se complace á la vista de los placeres, y se entristece á la de los dolores ajenos; que en consecuencia de esto el bien ó el mal hecho á los demás se convierte en bien ó en mal para nosotros mismos; y que por último cogemos un grano semejante al que hemos sembrado.

Razon. Un ser sensible, que gusta del placer y odia el dolor; que desea ser socorrido en sus necesidades; que se ama á sí mismo y quiere ser amado, advierte fácilmente que iguales deseos y pretensiones existen en los demás hombres, y que por esto si anhela recibir ha de dar; y como es constante su deseo de recibir el bien, constante también ha de ser su disposición á hacerlo.

Religion. Eumeo en la Odisea dice á su maestro Ulises disfrazado de mendigo: « No me es lícito despreciar á un extranjero ni á un pobre, aun cuando se presente en un estado mas miserable que el tuyo, pues Júpiter es quien nos envia los pobres y los extranjeros. »

I. El ejercicio de estas máximas constituye aquella disposición de ánimo que se llama *equidad natural*.

A pesar de las tres demostraciones anteriores es preciso convenir en que la virtud, ó sea la constante voluntad de hacer todo el bien posible, halla grave obstáculo en las imperfecciones del corazón humano. Son tan continuos los agujeros del interés, tan violentas las sacudidas de las pasiones, tan atractivos los placeres momentáneos, que á todos ellos nos abandonamos sin calcular si dañarán á los demás. De ahí es que, consultando la experiencia y prescindiendo de las situaciones extraordinarias de entusiasmo, se observa que los sentimientos nobles y desinteresados no son mas que débiles chispas entre la ceniza, pasajeros relámpagos en lejano horizonte, convulsiones precursoras de la muerte.

(Se continuará).

(1) Un miembro de la magistratura en Francia desheredó á su hija, solo porque era fea; mas el Parlamento de Paris anuló el testamento. Pregunto ahora ¿ las primogenituras y mayorazgos son semejantes al tal testamento ó distintos de él?



Intendente ruso.

La Armenia y la Persia.

(APUNTES DE VIAJES).

(Continuacion. — Véase el número 1,050).

TEHERAN É ISPAHAN.

Si se exceptúa la porción del bazar construida por Kerim-Khan que conserva su nombre, Chiraz no ofrece en este género nada que merezca llamar la atención. Las mezquitas no tienen tampoco nada de notable, y están muy lejos de poder compararse á las de Ispahan. La mas célebre es la que se llama Chah Tcherrah (linterna real, ó si se quiere, rey de las luces). Pasa por uno de los santuarios mas antiguos de la Persia; pero reina la mayor incertidumbre sobre su origen.

Ese edificio sirve de refugio á los seids ó descendientes del profeta que no tienen con qué subsistir, los que son admitidos allí para vivir de limosna ó á expensas de las rentas de la mezquita. Las rentas son considerables, y todas están en el pueblo cerca de Firouzabad que llaman Meiman.

Hafiz y Saadi nacieron allí, y merced á las traducciones que han hecho de sus poesías, su gloria es conocida ya en muchos países. El sepulcro de Saadi está situado al pié de unas montañas que dominan la ciudad, y se va á él por un camino árido y triste. Cerca de un pueblecillo que lleva el nombre del filósofo, se halla una especie de quinta solitaria y silenciosa, cuyas puertas están cerradas.

Luego que se llama sale un guarda, os hace atravesar un jardín en el que las malezas se mezclan con las flores, y os enseña una arcada abierta sobre la que se ve un sepulcro, que no tiene otro adorno que algunas estrofas del célebre Saadi. Ese sencillo monumento no está protegido de otra cosa que de la veneracion de los admiradores de Saadi. Si la gloria del autor del *Gulistan* es duradera, no sucede lo mismo con el mármol de su sepulcro, porque hallándose expuesto á la intemperie está ya en muy mal estado. Sin embargo, parece que la veneracion por el sepulcro de Saadi ha declinado hace poco tiempo, pues antes se hallaba mucho mas cuidado.

Cerca del monumento consagrado á Saadi se halla un manantial de agua cristalina, á la que atribuyen gran virtud higiénica los habitantes de Chiraz; pues pretenden que cuando uno ha bebido de ella ya no está enfermo, lo que no impide que se renueve una epidemia que hace sucumbir cada año considerable número de personas en el distrito de Chiraz. Esa agua milagrosa se halla en una especie de pozo, al que se baja por una escalera que tiene muchos escalones. En lo mas profundo se halla una bóveda fundada sobre una roca octógona que contiene el manantial, en el que hay algunos peces consagrados, segun dice el vulgo, al cheik, de modo que nadie los toca.

El émulo del austero Saadi, Hafiz el epicúreo, se halla en un jardín plantado de magníficos cipreses, hermosos pinos y naranjos. Su sepulcro es una grande losa de alabastro oriental, graciosamente adornada de arabescos y de elegantes caracteres que expresan algunos versos del amable poeta, cuyas odas encantan aun á los persas. El lugar en que se encuentra el sepulcro de Hafiz no tiene el aspecto triste de un sitio fúnebre ni de la severa soledad donde se hallan las cenizas de Saadi.

Ese jardín es el sitio que mas gustaba al poeta y adonde iba á pasar algunas horas, pues se dice que su sepulcro está al pié de un ciprés plantado por sus propias manos. En medio del jardín, en donde yacen tambien otros muertos menos célebres, se halla una casita rústica ó divaneh, que habita un mollah encargado de guardar la recopilacion de las poesías de Hafiz, cuyas páginas están escritas de su mano.

El Hafizion es el punto adonde se dirigen muchos paseantes que van allí á recitar las odas de su poeta favorito y á fumar el halioum en medio de los naranjos y de las flores. No va tanta gente ilustrada á ver



Vendedor de Kuass.

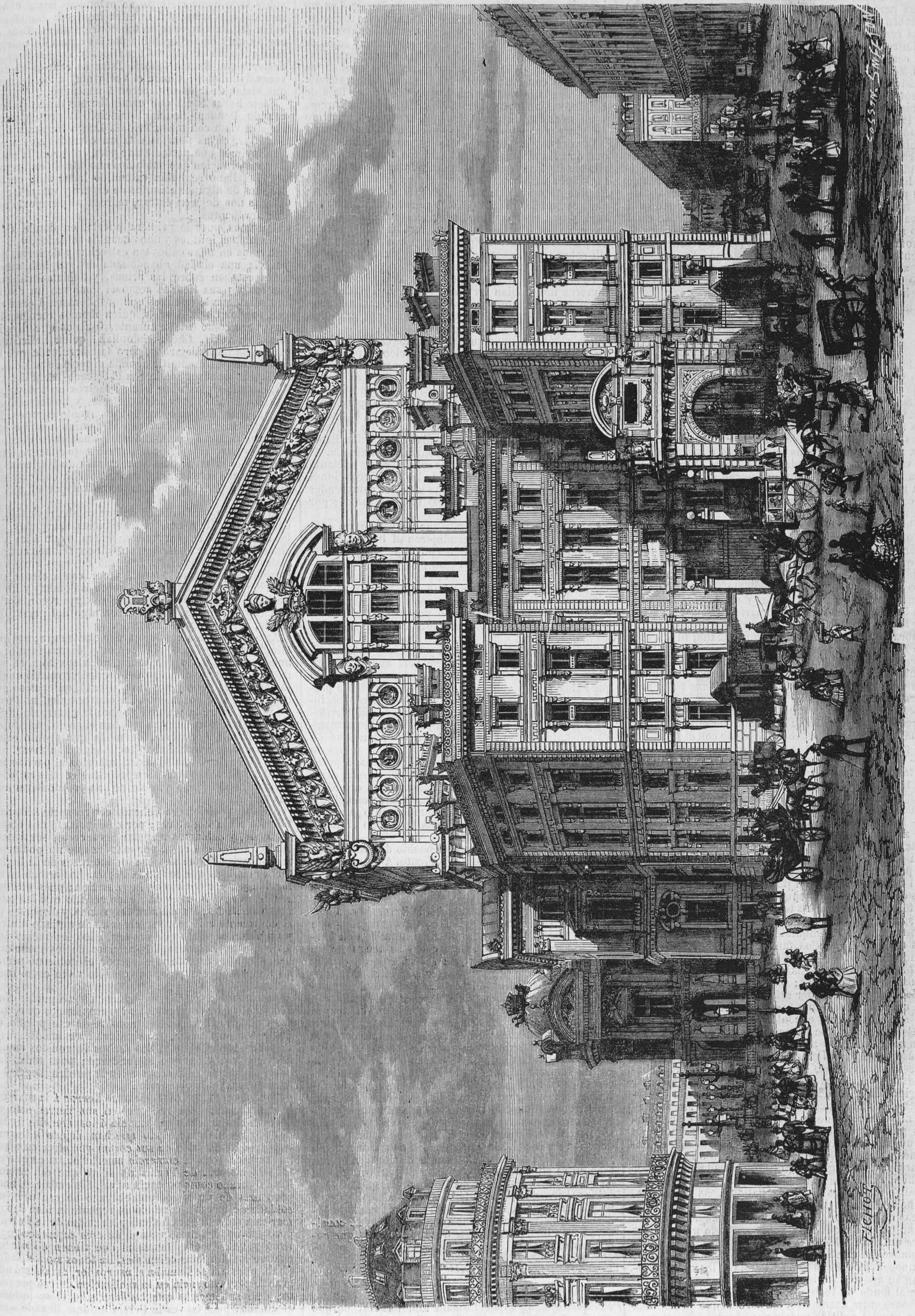
el sepulcro de Saadi; pues este filósofo austero, y con frecuencia cinico, solo tenia algunos discipulos á quienes su moral no hacia miedo; al paso que Hafiz, amante del placer, celebraba con seductores versos los gozcos de este mundo. Este escritor sensualista y místico era el que se necesitaba para agrandar á los persas, y no cabe duda que debió atraerse grande número de jóvenes á quienes imponia demasiado la filosofía de su rival.

Esos dos sepulcros se deben á Kerim-Khan; pues no tan solo quiso que sus sepulcros fuesen adornados de esculpidos y versos grabados, sino que hizo tambien construir los divan-i-khaneh, en cuyo recinto se hallan esos célebres monumentos.

Además, para cada sepultura cedió una porción de tierra, cuyas rentas estaban destinadas á la conservacion de los edificios. Cuando uno piensa que un jefe de bandoleros es el que prestó ese homenaje á dos ilustres poetas de la Persia, esto no deja de sorprender. Empero ese bandido fué un hombre grande; usurpó la autoridad real en provecho de su país, que supo gobernar con mucha cordura, sin querer tomar el tí-



RUSIA. — Vista de la línea China en Nyssei.



PARIS. — Fachada posterior del nuevo teatro de la Grande Opera. — (Véase la Revista de Paris.)

tulo de chah; ese usurpador respetaba bastante la corona para ponérsela, y su gloria se contentó con el nombre de Vekil ó regente. La memoria de Kerim-Khan está respetada en toda la Persia.

Entre las otras curiosidades que se encuentran en las cercanías de Chiraz, es de notar la torre llamada del Meuthamet.

Este era gobernador de Ispahan en la época en que nosotros visitamos la Persia, y había sido encargado hacia algunos años de dirigir una expedición militar en las montañas que servían de refugio á la tribu de bandidos de los Mamacenis, cuyas muertes y rapiñas habían despertado la justicia y la severidad del gobierno. Manoutchehr-Khan cogió bastante número de bandidos, y á fin de aterrar á sus compañeros imaginó hacer construir en la llanura de Chiraz y cerca de sus puertas una torre en cuyas murallas hicieron tantos nichos como cautivos había, y luego los metió allí y los hizo tapiar vivos. Encima de la cabeza de cada uno se halla un tragaluz á fin de poder ver en las fisuras de esos desgraciados los horribles sufrimientos, el hambre y la desesperación. Yo encontré allí aun algunos cráneos y pedazos de vestidos. El viajero no puede menos de estremecerse á la vista de tan horrible espectáculo.

XIV.

Al salir de Chiraz nos dirigimos hacia el golfo Pérsico y Bender-Bouchir. Este último período de nuestro viaje principió por muchos días de penosas marchas en las sendas difíciles por medio de las montañas, hasta que al fin vimos que el terreno principiaba á ser mas llano. Ibamos pues á salir de las gargantas salvajes y casi impracticables que habíamos atravesado, y ya no nos quedaba mas que una etapa para bajar á las vastas llanuras bañadas por el mar. Al salir de un parador en donde pasamos una noche en compañía de una grande caravana de esclavos negros que conducía un comerciante á Bouchir, presencié un incidente que nos hizo conocer las preocupaciones fanáticas de los habitantes de aquel distrito.

Yo estaba pagando mi cuenta al amo de la posada, quien entre otras cosas nos había dado algunos dátiles que él mismo había ido á coger. Nosotros no los hallamos muy buenos, y dejamos cerca de la mitad; pero le hicimos observar que debía descontar de la cuenta su importe, pero el amo de la posada nos dijo que de ningún modo podía tomarlos *porque los habíamos tocado*. Maravillado yo, y puedo decir poco acostumbrado á esa impertinencia musulmana, hice como que no le comprendía, y le pregunté por qué no quería acceder á lo que yo reclamaba. Entonces aquel hombre me contestó con mucha sangre fría que un musulman no podía comer lo que un cristiano había profanado y ensuciado con su contacto impuro...

Este coloquio había reunido cerca de nosotros toda la gente que se hallaba allí. El amo de la posada era sumamente sucio, y estando hablando con él me quité mis guantes, y mostrando mis manos á todos, le dije: — Tú dices que he ensuciado los dátiles por haberlos tocado; pero quisiera que me dijeras quién de los dos tiene las manos mas limpias.

Algunos de los que allí estaban se reían; pero otros fruncían las cejas.

— Puesto que no quieres volver á tomar estos dátiles, añadí, pretextando que los he tocado, voy á pagártelos, pero como mi dinero tiene que pasar también por mis manos, debo suponer que querrás que sea purificado antes de tomarlo, pues, ahí...

Al concluir esta última palabra arrojé lo que debíamos en una charca de agua sucia y hedionda. Entonces todos los semblantes tomaron un aspecto sombrío, pues la lección parecía muy fuerte para unos musulmanes; pero yo me inquieté muy poco, y nos marchamos dejando á aquellos fanáticos murmurando y hablando entre sí.

Al salir de Kanara-Takhta nos hallamos de nuevo en medio de barrancas; pero el terreno era menos árido. Después de haber salido de allí, nos hallamos á la orilla de un río que fué preciso atravesar. Luego que salimos del río encontramos un terreno sumamente estrecho y que parecía muy peligroso; pero felizmente pasamos, y al cabo de buen rato llegamos á la cúspide de la última montaña.

Desde esta veíamos delante de nosotros un vasto horizonte de la llanura arenosa de Bender Bouchir. Por la primera vez desde que habíamos salido de Trebisonda nos hallábamos en un país abierto sin montañas ni peñascos, que se extendía hasta el mar. Bajamos pues ligeramente atraídos por la esperanza de ver un país enteramente nuevo, y no tardamos en hallarnos en el pueblo de Dallaki, situado á la orilla de un arroyuelo de aguas algun tanto saladas.

Allí supimos que todas las poblaciones del llano se hallaban removidas y que se batían unas con otras. Mucho trabajo me costó cerciorarme de las verdaderas causas de aquellas disensiones; por manera que todo lo que pude saber fué que había estallado un conflicto entre un khan rebelde y el que mandaba aquel distrito á nombre del Chah. Los pueblos se habían dividido, los unos defendían al rey de Persia y los otros prestaban su apoyo á los insurrectos.

En el fondo de todo eso, y bajo el velo de esas disensiones entre nacionales, me pareció que se ocultaba algun complot político urdido por agentes extranjeros;

pues ya hacia algunos días que había advertido una sorda fermentación en esa parte de la Persia. Los sucesos de la Siria, anunciados en esas lejanas regiones, habían sido aumentados y desnaturalizados, como lo son casi siempre los hechos que pasan muy lejos de boca en boca. Las gentes de la mas mínima apariencia hablaban de esos sucesos y se preocupaban de ellos. Eso consistía en varias causas: primeramente en la simpatía que tenían los persas por el bajá de Egipto, sabían que Mehemet-Ali era hostil á los turcos, y no necesitaban mas para que tomasen el partido del virey contra sus eternos enemigos.

Otra causa del interés que los persas tenían en lo que ocurría al otro lado del desierto, era su antipatía por los ingleses que habían entrado en esa lucha. La Inglaterra ha obrado siempre en las costas del golfo Pérsico de modo á atraerse el odio de los pueblos; pues como ella tomaba partido por el sultan contra el bajá, y que sostenía á los turcos contra los egipcios, eso era á los ojos de los persas una nueva queja que no podían olvidar. Todos los rumores que llegaban allí sobre los sucesos de Siria, iban de Bagdad ó de Bombay por Bender-Bouchir.

Todas esas noticias, ó por mejor decir, todos esos rumores nos ponían en una grande ansiedad; pues aunque nos hacíamos cargo de las exageraciones, sabíamos ya lo bastante para comprender la gravedad que podía tener esa guerra.

Hacia mucho tiempo que no teníamos cartas de Francia, de modo que las noticias mas recientes para nosotros databan ya de dos meses; por consiguiente teníamos prisa de llegar á Bender-Bouchir, en donde pensábamos hallar, no cartas pero diarios de Bombay.

Salimos pues de Dallaki muy temprano, para adelantarse camino; y pensábamos detenernos en el pueblo de Bourazdjoun que distaba cinco horas de Dallaki; pero al acercarnos vimos que toda la población había tomado las armas, y parecía prepararse al ataque. Al momento que nos vieron los centinelas, se adelantó hacia nosotros un peloton con todas las precauciones de la guerra, y nos costó mucho hacerles comprender que éramos *frenquis* (franceses) que viajábamos por deber.

Luego que se convencieron que no éramos ni enemigos, ni emisarios, nos condujeron al hakion ó jefe del pueblo, quien nos recibió con la preocupación de un hombre amenazado de algun peligro, y por consiguiente que tiene otras muchas cosas que hacer que dar hospitalidad á cristianos. Sin embargo mandó que se nos diese un alojamiento; pero la casa era casi inhabitable; de modo que tanto por eso como por el mucho ruido y confusión que había, resolvimos ir algo mas lejos, puesto que aun no era tarde.

Caminaba, pues, preocupado y tratando de adivinar la causa de la insurrección que veía aumentarse en torno mio, y reflexionaba muy tristemente sobre lo que había visto y sobre cuál era el disentimiento profundo entre la corte de Teheran y los diplomáticos ingleses; exclusion de la legación británica del territorio persa; votos contrarios á la política inglesa manifestados abiertamente por los persas con motivo de la guerra de Siria; la entrada de un agente inglés en el Loristan y en el territorio de los bactiaris, á pesar de la oposición de las autoridades persas; doble coincidencia de ese suceso con la insurrección del Khan de Behaban, ciudad *lori*, y los levantamientos del distrito de Bouchir, y en fin para complemento la aparición de fuerzas inglesas en Karak y en todo el litoral pérsico.

Pronto pudimos distinguir el pueblo de Hamadi, en donde debíamos pedir un alojamiento. A pesar de que aun había allí un poco de fermentación, no era tanta como en los pueblos anteriores, y la gente parecía mas tranquila.

Todo ese país dirigiéndose hacia Basorah está poblado en gran parte de tribus árabes mezcladas con persas. Los árabes conservan sus costumbres en Persia; hablan el *faris* tan bien como su lengua, y en parte son *sunitas* y en parte *chitas*. Poseen ciertos pueblos sin dejar por eso de ser nómadas; de modo que cuando se presenta la estación calurosa, abandonan los arenales cálidos del *Guermisir* (país caluroso), y se retiran á las montañas en donde se construyen sus tiendas con algunas ramas de palmera.

Nuestra permanencia en Hamadi no fué bastante larga para que pudiésemos apreciar con certeza el carácter de aquellos habitantes extranjeros. Sin embargo, las impresiones que yo recibí de esos árabes fueron tales que me hicieron distinguir en ellos una naturaleza muy diferente de la de los persas; pues me parecían ser mucho mas independientes, mas generosos en la hospitalidad que sus vecinos, y tambien me pareció que con respecto á los levantamientos que ocurrían en el país, no hacían causa comun con nadie y permanecían neutros. La poca agitación que se notaba entre ellos no tenía otra causa que la inquietud en que estaban por sus rebaños y sus bienes.

El gobernador de Bender-Bouchir es árabe, y la mayor parte de los pueblos de la misma nación obedecen exclusivamente á sus cheiks, y estos se consideran mas bien como feudos del rey de Persia que como sus vasallos.

XV.

Nosotros salimos de Hamadi aun de día, porque queríamos entrar en Bouchir temprano. El camino

era arenoso y cubierto de sales. A nuestra derecha y sobre todo hacia el Oeste se extendían hasta el mar inmensas lagunas; y á nuestra izquierda tambien se veían lagunas aunque no tan considerables. Toda esa region muy baja é invadida por las aguas del mar, estaba cubierta de pájaros acuáticos y de perdices del desierto que llaman fohouí. Estas se reúnen algunas veces á millares; tienen el vuelo muy alto, de modo que vistas de lejos se parecen á una nube.

Siete horas hacia que caminábamos desde Hamadi cuando Bender-Bouchir principió á presentarse á nuestra vista con mas claridad. Luego llegamos á las murallas, cuyas puertas estaban cerradas, de modo que tuvimos que parlamentar para entrar en la plaza. La consternación que habíamos encontrado en los pueblos del llano se había extendido hasta allí; en fin, después de algunos minutos de espera y varias formalidades nos dejaron entrar, merced al pasaporte real que llevábamos.

Pasamos pues la primera puerta, en donde había dos cañones inútiles y unos cuantos soldados, y luego entramos en unas calles tan estrechas y desiertas que parecía una ciudad abandonada de sus habitantes. Estos estaban sobre las armas, y habían fortificado sus casas y sus tiendas como si temiesen un asalto. Inmediatamente pedimos que nos llevasen á casa del gobernador Cheik-Nasr, á quien íbamos recomendados; pero como estaba ausente, tuvimos que dirigirnos á su vekil, Cheik-Abdoullah, quien indicó una gran casa para alojarnos, pero tan arruinada que no nos decidimos á admitir aquella especie de palacio.

Estábamos discutiendo con el ferrach-bachi del vekil, cuando vimos venir hacia nosotros un individuo, que nos saludó con mucha cortesía, y nos ofreció un alojamiento, diciendo que era un agente europeo. En fin, aceptamos su oferta, y en el camino nos dijo que se llamaba Aga-Youssef-Malcolm, añadiendo que era armenio por parte de padre, francés por madre é inglés por el interés; pues la compañía de las Indias le daba con qué subsistir en Bender-Bouchir como agente no oficial, pero reconocido como tal por el gobernador.

El carácter semi-político de que estaba revestido le daba derecho á todas las franquicias usurpadas por los balioz de la nación inglesa; de modo que á las funciones de agente consular reunía ocupaciones comerciales muy importantes. Era uno de esos ricos comerciantes de aquel litoral, y por consiguiente sus relaciones se extendían á Bassorah, á Bombay y hasta Mascate; siendo de advertir que su traje recordaba el de cuatro naciones, pues llevaba algo del persa, del inglés, del árabe y del armenio.

Aga-Youssef nos condujo á una casita suya; nos instaló, y nos dijo que pidiésemos y dispusiésemos á nuestro gusto de lo que tenía, pues era hombre sumamente generoso. A eso del oscurecer reunió cuantos armenios pudo y nos los presentó, quienes se nos ofrecieron afectuosamente. La conversación no tardó en recaer sobre la política y sobre la guerra de la Siria. Los interlocutores guardaban silencio cuando se hablaba de la Inglaterra, de modo que pronto comprendimos que se hallaban inclinados á su favor. Sin duda alguna era una sociedad adherida al partido inglés, como estos saben siempre establecerlas en todos los puntos del globo adonde no han podido llegar aun sus tropas.

Nuestra posición era delicada con respecto á los partidarios de la Inglaterra; por consiguiente nos observábamos, y debíamos respetar los secretos sentimientos del amo de la casa, por manera que no podíamos reprocharles el que sirviese los intereses de la Inglaterra mas bien que los de la Persia. Los armenios no forman ya, por decirlo así, una nación; pues son parecidos á los judíos; y habiendo sufrido casi las mismas vicisitudes, las mismas desgracias, y dispersos en el continente asiático, van errantes de un lado á otro, y no piden el punto que ocupan, sino los medios de vivir con su industria. Aborrecidos de los musulmanes, y continuamente vejados por el gobierno persa, no tienen apego al país, en que solo viven como unos párias.

Nosotros no pensábamos pasar en aquel pueblo sino dos días, y por consiguiente, los empleamos en recorrer Bouchir. El verdadero nombre de ese pueblo es Bender-Abou-Cheher, que significa literalmente puerto y ciudad del abuelo. Los árabes fueron los que le llamaron así y los que le fundaron; pues todas las ciudades de aquella costa adonde pueden llegar los buques son de origen árabe.

Los persas han tenido siempre horror á la mar y á la navegación; pues retirados en sus tierras solo se acercan con mucha repugnancia á los arenales bañados por las olas, de modo que han dejado á los extranjeros los puertos de sus costas que ofrecían alguna facilidad para el comercio marítimo. Así es que en toda la historia de Persia no se ve que esa nación haya figurado como potencia naval. Sin embargo, hace poco mas de un siglo, un soberano de ese país, un soldado de fortuna, concibió de repente la idea de formar una marina para defender las costas de la Persia; pero eso no era mas que uno de esos caprichos fugitivos y una de esas fantasías que tienen de vez en cuando los déspotas orientales. De todos modos Nadir-Chah, pues así se llamaba el usurpador, manifestó una grande perseverancia en la realización de ese proyecto; y no sabemos lo que hubiera sido si se hubiese efectuado; pues tal vez la Persia hubiese llegado á ser una potencia marítima, y su suerte seria otra; pero

el terreno de este país se oponía á esa innovacion, porque no tiene maderas de construccion, de modo que si se exceptúan los montes del Mazenderan, que aun están vírgenes, era imposible entonces, como lo es hoy en el día, poder hallar un solo árbol para hacer una pértiga.

Nadir-Chah era uno de esos hombres que no se arredaban en presencia de una dificultad material; sus victorias y sus triunfos de toda clase no reconocian imposibilidades; y en su consecuencia quiso tener una marina á todo trance, y así expidió la orden á un ingeniero europeo que estaba con él de construir un navio de grandes dimensiones. Al efecto el rey mandó que se cortasen las maderas necesarias en los bosques que se hallan á la orilla del mar Caspio.

Por falta de carros esas maderas fueron llevadas á brazo, y el lector puede figurarse los hombres que se necesitarían para trasportarlas así mas de doscientas leguas hasta llegar al punto en que se necesitaban. A pesar de todos esos esfuerzos el navio no se concluyó nunca, y aun hace muy pocos años que su quilla hacia la admiracion de los persas.

De todos modos Bouchir es un puerto malo, pues los buques no pueden acercarse, y tienen que permanecer lejos expuestos á los vientos, por manera que solo las barcas árabes son las que pueden entrar y las que hacen el comercio. Esas barcas son mas ó menos grandes, es decir, desde 100 toneladas hasta 30. Cierta número de ellas llevan el pabellon inglés.

Todos los años llegan cinco ó seis buques ingleses á aquel punto, y algunos buques de guerra de la misma nacion se presentan tambien, aunque raras veces. El comercio que se hace en Bouchir es muy limitado; y los ingleses son los que tienen el monopolio del comercio de importacion en ese puerto, surtido por los artículos de sus manufacturas. El comercio de exportacion consiste principalmente en géneros para el uso de los orientales, como tabaco para el kalioun, llamado tombeki, que produce Chiraz en abundancia, tapices, telas de seda ó de lana de Kerman y de Iezd, y telas de algodón fabricadas en Ispahan y en Kachan.

Si añadimos á eso algunos centenares de caballos que se envían á las Indias, armas de toda especie, vinos de Chiraz para Bombay, un poco de seda y algunas drogas, se tendrá una idea de los principales elementos del comercio que da un poco de vida á Bender-Bouchir. Todo eso no es lo bastante para crear un movimiento suficiente para atraer la marina europea. En cuanto al comercio de los negros, que es una de las ramas principales del tráfico de esa costa, no puede hacerse mas que por orientales.

Los serrallos se proveen de eunucos y criadas por la via de Bouchir; los primeros son los mas caros, pues cuestan 40 á 50 tomanes, es decir, 500 á 600 pesetas, mientras que las mujeres varían de 40 á 50 tomanes. Esta mercancia, si así se puede llamar, paga sus derechos en las aduanas como todas las demás. En otros tiempos la pesca de perlas era uno de los ramos importantes de esos puntos y un medio de existencia lucrativo para los pueblos inmediatos al litoral; pero los antiguos bancos de ostras no producen ya nada, y es preciso buscar otros menos abundantes ó situados en grandes profundidades que ofrecen muchas dificultades á los buzos.

El clima de Bouchir pasa por malsano, sobre todo durante el verano; pues en esa estacion sopla frecuentemente un aire en las vastas llanuras del Eufrates y del Tigris que es mortal. Esas corrientes atmosféricas son muy violentas, muy cálidas, y con frecuencia llevan consigo la muerte. Ese efecto mortal parece ser debido á los miasmas mefíticos en que se impregna el aire al pasar por lugares infectos. Se cree que esa propiedad maléfica es debida á varios pozos de betun que hay en los desiertos de la Arabia á de la Mesopotamia, que exhalan vapores sumamente dañosos.

La ciudad tiene poca importancia, y presenta el mismo aspecto que todas las de la Persia. Está construida sobre una alturita y forma una especie de isla. Su plano es el de un triángulo cuyos dos lados hacen frente al mar que los baña, y el otro da hacia tierra, formándole una muralla fortificada en otro tiempo. Bouchir presenta aun otra cosa de particular, que es gran número de ventosas encima de las casas para dar aire al interior, á las que llaman badjir. Esas ventosas se parecen á las chimeneas, pero son mas altas y mas anchas, y tienen en su parte superior una grande abertura por medio de la que se establece la comunicacion del aire.

Esos aparatos ventilatorios se ven tambien en las demás ciudades de la Persia; pero sobre todo hay muchos mas en las que están situadas á la parte del Sur, con motivo del mucho calor. El interior de Bouchir estaba medio abandonado, y muchas casas cerradas ó arruinadas; pues habia sufrido mucho del cólera, en donde perecieron las tres cuartas partes de la poblacion.

En el muelle, que es la parte mas animada de la ciudad, se hallan lo que yo llamaré las factorías, es decir, grandes casas en donde están los almacenes de los principales comerciantes, que son á la vez expedidores, importadores y comisionistas. En esos depósitos se hallan mercancías de toda especie y de todos los países; pues al lado de las sederías, de las telas de algodón, de los vinos, drogas, del agua de rosa, de las piedras finas y hasta del oro acuñado que llevan allí de todos los puntos de la Persia, se ven indianas; marfil, especias, té, vasos, café, porcelanas, paños, espejos, azúcar, maromas y esclavos enviados de Bombay,

de Malabar, de Mascate ó de Bassorah. Delante de las factorías fuman, sentados al sol, los marinos árabes, mirando cómo se balancean en el mar sus bajeles.

Los bazares no valen gran cosa, pues son pequeños, sucios, oscuros y con muy pocas mercancías. He notado que las muestras de los mas de los almacenes estaban trasformadas en arsenales, en donde se veían sables, fusiles, pistolas, y todos los demás instrumentos de guerra de los persas; y eso consistía sin duda en que tenían una agresion de un momento á otro. El cheik habia dado sus órdenes para que todos los habitantes estuviesen prontos á la primera señal, á fin de acudir á las murallas.

No hay duda que habia un poco de exageracion en esas aprehensiones; pero tambien es cierto que Bouchir era el punto de mira de una insurreccion fomentada en el Loristan. En efecto, supimos que el khan de la pequeña ciudad, hostil hacia algun tiempo á la autoridad real, habia tratado de apoderarse de Bouchir por uno de sus oficiales ayudado por algunos hombres atrevidos; pero encontraron una resistencia que no esperaban. En efecto, rechazados de esa ciudad, tuvieron que retirarse á un pueblo inmediato, y esperaban, al parecer, una ocasion mas favorable. Esa insurreccion tan poco motivada contra la autoridad real, ese ataque audaz contra una ciudad sometida, en donde mandaba un cheik investido de la confianza del gobierno, eran sucesos cuya causa oculta no debia buscarse tan solo en el espíritu turbulento de las poblaciones del Loristan ó en la mala administracion de Mehemet-Chah; pues habia en ello, como he dicho, muchas coincidencias que permitian poder atribuir esas agitaciones inesperadas á la proximidad de ciertos extranjeros peligrosos para ese país.

A poca distancia de Bouchir está la isla de Karak, que pertenece de derecho á la Persia, pero que los ingleses supieron apoderarse de ella; y además de eso habian desembarcado artillería, y se decía que varios buques de guerra cruzaban por aquellos parajes. En 1840 esa guarnicion era de 1,000 hombres, mitad ingleses y mitad cipayos, y la misma gente del país decía que habia en Karak un movimiento no acostumbrado. Delante del mismo Bouchir se hallaba anclada una goleta inglesa; cada día desembarcaban varios marineros y algun oficial, y estaban en relaciones con sus afiliados. En fin, la llegada reciente á Chouchter de un primer secretario de la embajada rusa, probaba que por esa parte podia tambien haber intrigas. Otros varios hechos probaban que el gobierno persa habia comprendido la gravedad de la insurreccion de que eran teatro las cercanías del golfo Pérsico. Manoutchehr-Khan habia salido de Ispahan con 8,000 hombres para someter el pueblo de Bactiaris, y restablecer allí en su gobierno al beglier-bey de Chouchter. Cuatro mil hombres debian salir al mismo tiempo de Chiraz con la correspondiente artillería para marchar sobre Behahan. El objeto secreto de esa expedicion era, segun decian, el de atacar á Bagdad y apoderarse del tío del rey Ali-Chah, uno de aquellos pretendientes que los ingleses tienen casi siempre prontos. Lo que me parecia mas positivo en todos los rumores que allí circulaban, era que los ingleses trataban de ocupar á los persas en su país en un momento en que estos se declaraban abiertamente por Mehemet-Ali, y por eso los agentes británicos trabajaban sin descanso.

Los ingleses ocupan en el golfo Pérsico una posicion, la que, despues de haber pertenecido á la Holanda y á la Dinamarca, habia llamado la atencion de la Francia por un momento: es la isla de Karak de la que hemos hablado ya. La guerra que estalló en las Indias hacia fines del siglo XVIII nos hizo perder de vista esa posicion, que al fin cayó en manos de la Inglaterra. En 1808 el general Gardanne hizo revivir los derechos de la Francia, y Feth-Ali-Chah reconoció la legitimidad de su reclamacion; pero la cesion de la isla á la Francia quedó como una cosa puramente nominal, de modo que la Inglaterra no tuvo ningun trabajo en apoderarse de ella como un premio de los buenos oficios que prometia á la Persia por el órgano de sir John Malcolm. Hoy día los ingleses no tienen ninguna competencia en esos puntos. El comercio de ese país no tiene bastante importancia para que los buques ingleses se lo apropien, pero á fin de que el pabellon británico domine lo mismo en todas esas costas, perstadieron á los armadores ó á los negociantes árabes de enarbolarlo; y así es que se ve la bandera inglesa por todas partes.

He dicho que los ingleses no sufrian ninguna concurrencia en las costas del golfo Pérsico; y hé aquí un ejemplo de su excesiva desconfianza. Habia á la vista de Bouchir un buque de tres palos anclado, yo pregunté lo que era, y algunos armenios adictos á la Inglaterra me dijeron que ese buque pertenecia al iman de Mascate. Ese iman es una especie de pequeño sultan al que se da tambien el título de seid-seid, es decir, descendiente por excelencia de Mahoma. Sus posesiones se hallan en la costa oriental del Africa á la embocadura del golfo Pérsico, y constituyen un pequeño estado marítimo que tiene cierta importancia. Ese príncipe tuvo la fantasia de tener una fragata con algunos cañones, capricho muy familiar de los soberanos del Oriente, que creen dar importancia de ese modo á su mezquino poder á los ojos de los europeos.

Parece que los ingleses tomaron la cosa con mas seriedad de lo que hubiera podido creerse; y por consiguiente, le prohibieron darse ese aire belicoso, y en vez de reírse de él y de su fragata tan inofensiva como pretenciosa, le intimaron la orden de echar á tierra

la artillería y las municiones; y el pobre seid-seid, que por otra parte es el humilde servidor del gobernador general de las Indias, no esperó á que se lo repitiesen dos veces, y su fragata degeneró á los pocos días en un buque mercante de tres palos.

En cuanto á lo correspondiente á la Persia, fácilmente se concibe que las dos provincias de Fars y de Arabistan son un objeto de continuo deseo para la Inglaterra. Esas provincias son ricas, su territorio es fértil y bien regado, y las producciones son parecidas á las de las Indias; pues allí crece el algodón, la caña de azucar, etc. Además ese vasto territorio está habitado por poblaciones que, bajo diferentes nombres y á causa de una divergencia de sus opiniones religiosas, llevan con impaciencia el yugo de los reyes de Persia, y hasta se hallan con frecuencia en estado de rebelion. La insurreccion es el estado normal del Arabistan, al paso que en las provincias del Fars hay numerosas tribus militares que están, por decirlo así, independientes, y no reconocen otra autoridad que la de sus khans.

En el Arabistan hay otra poblacion mixta sobre la que pueden obrar con mas facilidad los ingleses en razon de su origen, de su nacionalidad y de su religion: estos son los árabes establecidos en el país situado entre el mar y el pié de las montañas. Esos árabes tienen poco interés por el chah de Persia por muchas razones; por manera que todos esos elementos sin homogeneidad entre sí, sin adherencia con la nacion persa y hostiles á su gobierno, ofrecen otras tantas bases de operacion preciosa para los agentes de la Inglaterra. Una vez conquistado ese país, la Inglaterra extenderá su autoridad de Bombay á Bagdad, y mas tarde tal vez de Hong-Kong á Beyrout. Las tentativas que ha hecho en las dos orillas del Tigris y hasta en las aguas del Eufrates prueban muy bien que se ha propuesto ese objeto, y que sigue adelante su plan sin descanso.

XVI.

Bouchir era el término de nuestras exploraciones en Persia; y de allí debiamos dirigirnos hacia Bagdad y el Kurdistan. En el momento de dejar el territorio de Iran, experimentaba el deseo de echar una mirada hacia atrás á esa sociedad persa de la que iba á despedirme, y á ese país que fué tan grande, entregado por desgracia á tantas influencias enemigas.

En ese momento no podia menos de hacerme la siguiente pregunta: ¿Qué garantías de duracion y de poder halla la Persia en su administracion, en la política de sus reyes y en el carácter de sus habitantes? Voy á tratar de bosquejar esos diferentes puntos con la brevedad posible.

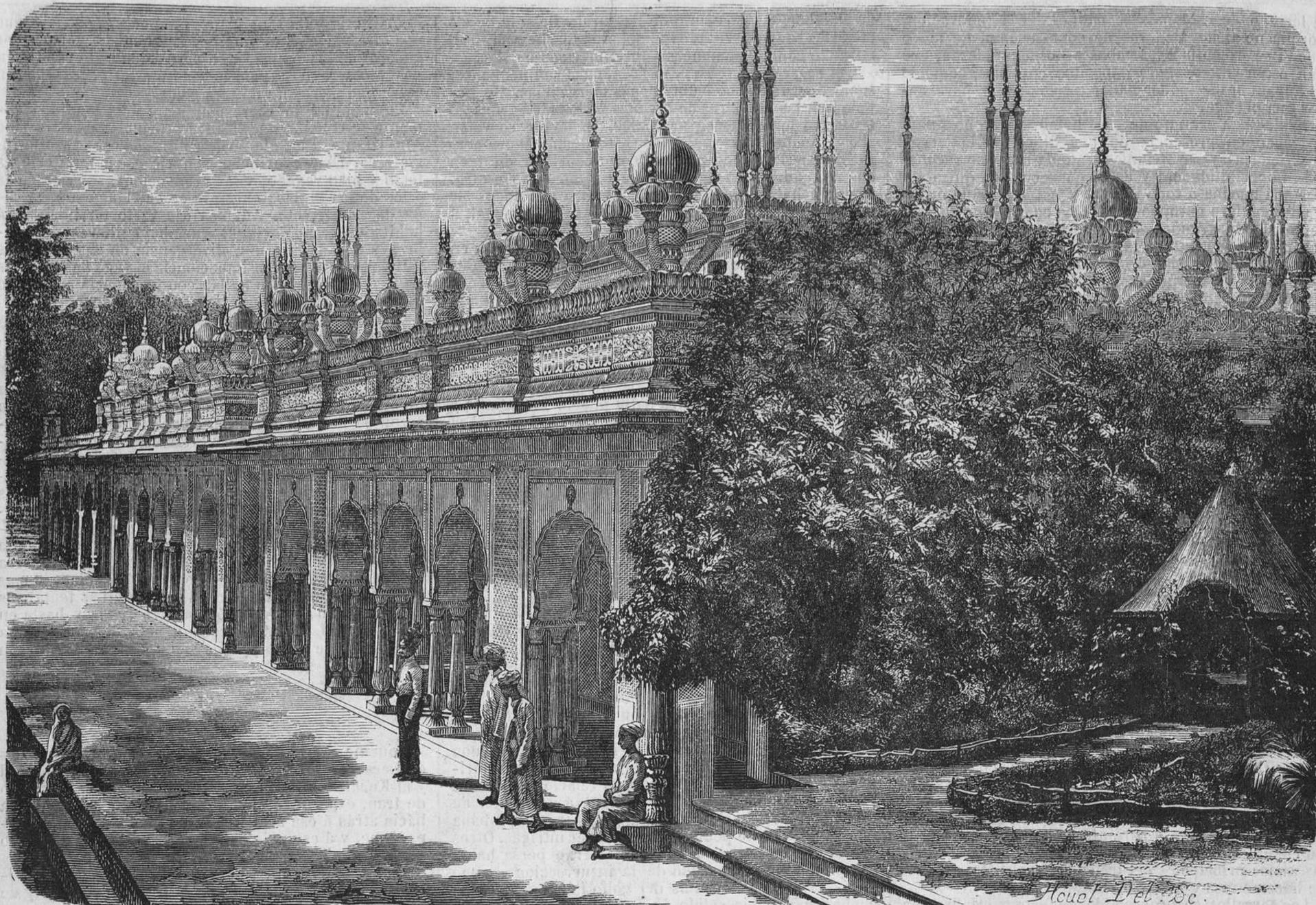
La Persia tiene trescientas leguas de extension poco mas ó menos del Norte al Sur, y trescientas cincuenta del Este al Oeste. Se puede dividir su territorio en tres zonas casi paralelas que presentan varias diferencias de clima. En la zona del Norte el frio es excesivo en el invierno, pues baja el termómetro hasta 20 y 25 grados bajo cero, cuyo frio dura cinco ó seis meses.

Sin embargo, en esa zona, efecto de una excepcion enteramente local y que tiene su principio en la topografía, el clima de las dos provincias que tocan al mar Caspio es enteramente diferente, y hasta es favorable á una vegetacion parecida á la del Mediodía de la Persia. La zona central se extiende del Este al Oeste, bajo un cielo templado, de modo que las heladas no tienen allí casi ninguna fuerza. El Sur forma la tercera zona que se llama el país del calor (Guermsir), y en efecto, el termómetro no llega casi nunca á cero en el invierno, y sube hasta 46 grados en el verano.

Se distinguen en el Iran dos partes casi iguales, una poblada y otra desierta; la mitad de su superficie no ofrece mas que desiertos inmensos sin agua ni vegetacion, cuyo terreno cubierto de una corteza de sal no ofrece recurso alguno: tales son al Este los desiertos de Khrassan, de Iezd y de Kerman, mientras que la parte occidental es montañosa, con aguas, y por consiguiente poblada. Si es difícil poder apreciar el número de habitantes de una ciudad de Persia, lo es mucho mas llegar á indicar un guarismo exacto en cuanto á la poblacion de ese país. Se ha calculado que solo tiene unos siete millones de habitantes; pero se me figura que ese número es muy reducido. Otros viajeros han dicho que era de nueve millones de almas, y hasta trece, y opino que este último guarismo es el que mas se acerca á la verdad.

La Persia cuenta al lado de una poblacion sedentaria de ciudadanos y de ráias ó campesinos, una poblacion nómada bastante numerosa, es decir, la de los iliats. Estos viven constantemente en tiendas, lo que motivó el nombre que se les dió de Kara-tchader ó tiendas negras, á causa del color de estas.

Todos los nómades son mahometanos chitas ó sunitas; y en cuanto á los persas sedentarios, son musulmanes chitas, cristianos católicos ó cismáticos, judíos, etc. La nacion persa tal cual la vemos constituida hoy es pues un compuesto de elementos sumamente heterogéneos, y tal vez hay motivo bastante fundado para buscar en esa diversidad de elementos los motivos de las guerras civiles que tantas veces han ensangrentado el suelo, en donde están como aglomerados tantos y tan diferentes pueblos. Sobre las ramas madres de origen antiguo medo ó parta al Norte y persa al Sur se han ingertado considerable número de pueblos extranjeros.



INDOSTAN. — Palacio del emperador de Delhi.

Estos se han mezclado con la raza aborigena; pero en muchos puntos la fusion es incompleta, de modo que cada una de esas fracciones extranjeras ha conservado sus costumbres, su género de vida, su religion y hasta su lengua. En la zona del Norte la poblacion se compone en gran parte de turcos que llegaron allí con las invasiones tártaras, quedándose en el pais: muchas tribus de raza turca tienen residencias fijas, como sucede con las del Azerbaidjan ó las del Mazenderan. La zona del centro tiene mezclados entre sus habitantes de raza persa muchas kurdas, bactiaris y otros que son casi todos nómades. No se sabe de positivo de dónde vienen los últimos; pero pasan por extranjeros y como turcos de origen, y ellos mismos dicen que proceden de la parte Este. Si no fuese un poco atrevido buscar su nacionalidad en el nombre que llevan, podria creerse que proceden en efecto de la Turcomania, que es la antigua Bactriana.

La poblacion persa está sumamente mezclada en el Sur, y es al mismo tiempo la menos sedentaria, pues al lado de los zend, primeros poseedores del territorio, se hallan con los nombres de lours, failis, mamacinis, y hasta belonchis, numerosas familias distintas unas de otras, de costumbres y religion diferentes. El persa ó farsi es á la verdad una lengua comun á todos esos pueblos; pero cada uno de ellos no por eso ha dejado de conservar la suya propia; de modo que si en el Norte se oye hablar turco en los bazares djagatai bajo sus tiendas negras, si se baja hácia el Sur se pueden reconocer sucesivamente los idiomas kurda, zend y árabe.

(Se continuará).

Delhi y el palacio del emperador.

Delhi, antigua capital del imperio del Gran Mogol, es una ciudad fuerte del Indostan inglés, situada en la presidencia de Bengala. Alternativamente subyugada por los persas, los tártaros y los ingleses, ha debido resentirse de todas estas dominaciones. Con efecto, abundan en ella las ruinas, y la poblacion diezma-

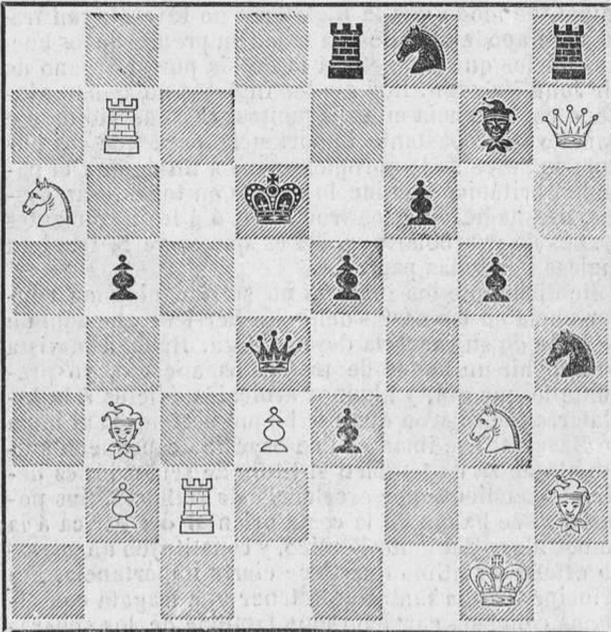
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 372.

- 1 T 8ª CRª P 3ª Rª ?
- 2 T 8ª Rª
- 3 T 4ª Rª jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 373, POR M. C. J. NEPVEU DE ARMEIDE

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

da por tantas guerras y degüellos, despues de haber tenido mas de dos millones de habitantes, apenas cuenta hoy doscientos mil.

Así sucede que el interior de Delhi ofrece el aspecto mas melancólico. Poco ruido y poco movimiento. Sin embargo, una calle forma excepcion, y es la calle Chandriée-Shank ó calle de Plata. Grande, ancha, ventilada, y con hermosa sombra, tiene magnificas construcciones. Es el cuartel general del comercio. Esta magnifica via corta por mitad la ciudad en dos partes iguales, y partiendo del fuerte ó palacio, se prolonga hasta la puerta de Lahora.

El palacio que reproduce nuestro dibujo, se halla á orillas del Jumna, y forma por esa parte la linea de defensa de la ciudad. Es una construccion de granito rojo que ocupa un espacio cuadrado de tres kilómetros de extension en todos sentidos. En su derredor tiene una muralla almenada y un foso ancho y profundo con puente levadizo.

De este palacio forma parte el fuerte de Selim-Gurth, edificado en el siglo XVI, bajo el reinado del emperador cuyo nombre lleva. En medio se eleva una torre que domina la masa de las construcciones, y que se conoce con el nombre de Torre real. Aquí encerraban en otro tiempo á los presos importantes. El principe Mirza Irvaun Buekt estuvo preso en la torre, y en 1784 se escapó desliziéndose por una escala de turbantes atados unos á otros.

Este magnífico palacio edificado por Chah-Djihan, ha sido siempre la residencia del emperador á quien la Inglaterra pasa una pension de cuatro millones, y que vive bajo la guarda de un residente inglés encargado de vigilar á todo el gobierno interior y exterior.

Otro edificio muy notable de Delhi, es la célebre mezquita Djemma-Mosjed, situada en la parte Sur de la ciudad cerca de la calle de Plata. Edificada en lo alto de un peñon, parece el alcázar de la ciudad. Una escalera de grandiosas proporciones conduce al pórtico del templo, en el cual se penetra por tres arcos coronados con tres cúpulas de mármol blanco. Esta escalera se halla por la parte de Occidente, y hay otros tres por el lado de Oriente, que desembocan en un hermoso patio, todo con pavimento de granito y de mármol, rodeado de galerias que sostienen columnas esculpidas, y donde una magnifica fuente mantiene una frescura deliciosa.

P.